LETRAS UNIVERSALES

SAMUEL RICHARDSON

Pamela,
o la virtud recompensada

Edición de Fernando Galván y María del Mar Pérez Gil

Traducción de Fernando Galván y María del Mar Pérez Gil

CÁTEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra:
Pamela; or Virtue Rewarded

Diseño de cubierta: Diego Lara

Ilustración de cubierta: Ilustración de Highmore para una edición de *Pamela*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra, S. A., 1999
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 18.087-1999
I.S.B.N.: 84-376-1718-9
Printed in Spain
Impreso en Lavel, S. A.
Pol. Ind. Los Llanos, c/ Gran Canaria, 12
Humanes de Madrid (Madrid)

INTRODUCCIÓN

a Patricia Shaw,
in memoriam

Abrir las páginas de *Pamela* es introducirse en la obra que muchos han dado en llamar el primer *best seller* de la literatura universal. De ella decía el escritor y traductor francés Jean-Baptiste de Freval en el siglo XVIII que no le cabía duda de que un libro así encontraría «amigos, no sólo en su propio país, sino también lejos de casa»[21]. Nada se equivocó Freval en la recepción que augurara para esta obra, pues, sin que hubiera finalizado el siglo XVIII, *Pamela* ya había traspasado las fronteras de países como Francia, Holanda, Dinamarca, Alemania, Italia, Rusia y España, donde había sido traducida (adaptada en muchos casos) y donde había dado origen a un buen número de imitaciones. Hoy, con el paso de los siglos, *Pamela* se ha convertido en uno de los grandes clásicos de la literatura, no ya sólo porque en ella la palabra trasciende su propia época y nacionalidad para abrirse al diálogo con el lector sobre temas intemporales —como el amor, por ejemplo, o la defensa de los principios y de las libertades del individuo por encima de las imposiciones de quienes ostentan el poder—, sino también por constituir uno de los pilares esenciales sobre los que descansa todo un género: la novela.

Pamela ha sido una de las obras más influyentes tanto en el ámbito literario como en el de la sociedad del siglo XVIII. El éxito abrumador que esta novela llegó a alcanzar en su día no puede por menos que calificarse de auténtico fenómeno literario, que no deja de seguir sorprendiéndonos aún en la actualidad. Prácticamente no ha habido libro en la historia de la literatura que pueda igualarse a éste en lo que respecta a las diferentes adaptaciones habidas. *Pamela* fue, como tendremos oportunidad de ver en el siguiente apartado, el origen de numerosas imitaciones, continuaciones apócrifas y célebres parodias; fue representada en el teatro y en la ópera en varias adaptaciones[22], y dio lugar a ediciones resumidas de la novela y a adaptaciones a la literatura infantil[23]. Fuera ya del marco puramente literario, la imaginación tomó cuerpo en forma de los grabados y cuadros con temas de la novela que realizaron artistas como Hubert François Gravelot, Joseph Highmore, Francis Hayman y Philip Mercier. Las cotas de éxito alcanzadas no pasaron ni mucho menos inadvertidas para los avispados empresarios de la época, alguno de los cuales llegó a organizar una exposición que, por el precio de seis peniques, permitía contemplar a los personajes convertidos en figuras de cera. Se llega a hablar también de la existencia de abanicos con motivos de la obra y de barajas con citas de *Pamela* impresas[24]. Son famosas asimismo las anécdotas que se cuentan en relación con la extraordinaria acogida que encontró la novela entre el público. Resulta curiosa la de aquel párroco que, desde el púlpito, llegara a recomendar su lectura a los feligreses de su parroquia, o la de los aldeanos que tocaron las campanas llenos de alegría cuando Pamela contrajo finalmente ma-

[21] Carta de Jean-Baptiste Freval a Samuel Richardson, incluida en la primera edición de *Pamela*. T. C. Duncan Eaves y Ben D. Kimpel (eds.), *Pamela or, Virtue Rewarded*, Boston, Houghton Mifflin, 1971, págs. 4-5. Véase la página 5.

[22] Entre las obras más importantes que llevaron *Pamela* a los escenarios de Europa, destacan las adaptaciones de James Dance *(Pamela: or, Virtue Triumphant. A Comedy*, 1741), Henry Giffard (*Pamela, a Comedy*, 1741), Louis de Boissy *(Paméla en France; ou, La Vertu mieux éprouvée*, 1743), Godard d'Aucourt *(La Déroute des Paméla*, 1743), Voltaire *(Nanine, ou le préjugé vaincu*, 1749), Honoré de Balzac *(Paméla Giraud*, 1843), y, cómo no, las exitosas *Pamela nubile* (1750) y *Pamela maritata* (1759), de Carlo Goldoni. Para las diferentes adaptaciones operísticas de *Pamela*, pueden consultarse los artículos de Mary Hunter «'Pamela': The Offspring of Richardson's Heroine in Eighteenth-Century Opera», *Mosaic*, XVIII (1985), págs. 61-76; y Viktor Link «The First Operatic Versions of *Pamela*», *Studies on Voltaire & the Eighteenth Century*, 267 (1989), págs. 273-281. De todas estas adaptaciones, la más popular fue *The Maid of the Mill (La doncella del molino)*, de Samuel Bickerstaffe, representada por primera vez en el año 1765.

[23] Puede consultarse a este respecto el artículo de Samuel Pickering, Jr. «The 'Ambiguous Circumstances of a *Pamela*': Early Children's Books and the Attitude Towards *Pamela*», *The Journal of Narrative Technique*, 14 (1984), páginas 153-171.

[24] Stephanie Fysh alude a la existencia de estas barajas con citas de *Pamela* y *Clarissa* en su obra *The Work(s) of Samuel Richardson*, Newark, University of Delaware Press, 1997.

trimonio con el señor B.[25]. ¿Cuál fue, cabría preguntarse, la clave de un éxito como éste, sin precedentes en la historia de la literatura? ¿Qué circunstancias se unieron en aquel momento para dar lugar a una obra como la que ahora el lector tiene entre sus manos? Estos aspectos, junto con otros, serán los que centren nuestra atención en las páginas que siguen.

Como han mostrado numerosos estudios críticos, la historia de los inicios de la novela en Inglaterra corre paralela a la importancia cada vez mayor que desde los albores del siglo XVIII había adquirido la burguesía en la economía del país. Los gustos burgueses decidieron el rumbo de este género desde el primer momento, al ser la clase media el público mayoritario para el que se escribieron las novelas, prevaleciendo, por sus intereses, una ficción de carácter realista donde personajes y tramas fueran creíbles. Antes de que surgiera la novela tal y como la entendemos, la oferta literaria con la que la clase media entretuvo sus ratos de ocio a comienzos del siglo XVIII vino dada, en el terreno de la instrucción, por las obras de carácter religioso y por los libros de conducta. En el ámbito propiamente literario la oferta se redujo a la poesía y al drama de siglos anteriores, a los que se añadieron los romances que se publicaron durante el XVII y las novelas de amor escritas por mujeres[26] . Los romances, sin embargo, y las novelas de amor, aunque ávidamente leídos por el público femenino, no terminaban de satisfacer a una clase eminentemente práctica y de una profunda religiosidad, que buscaba en sus ratos de ocio el

[25] El reverendo fue Benjamin Slocock, de la parroquia de St. Saviour's, en Southwark. Austin Dobson, en su ensayo *Samuel Richardson,* señala que la segunda de las anécdotas mencionadas tuvo lugar en el pueblecito de Slough. Otros autores, como Alan Dugald McKillop, lo sitúan en la localidad de Preston, en Lancashire. Véase «Wedding Bells for Pamela», *Philological Quarterly,* 28 (1949), págs. 323-325.

[26] Las autoras más conocidas dentro de este grupo fueron Eliza Haywood; Mary Davys, que en 1724 publicó *The Reform'd Coquet: or, Memoirs of Amoranda (La coqueta reformada, o las memorias de Amoranda),* a la que le siguió *Familiar Letters Betwixt a Gentleman and a Lady (Cartas familiares entre un caballero y una dama,* 1725); y Penelope Aubin, con su novela *The Life and Adventures of the Lady Lucy (Vida y aventuras de lady Lucy,* 1726).

entretenimiento unido a la instrucción. Fue Samuel Richardson, un próspero burgués, quien, a finales de 1739 y comienzos del año siguiente, llevó sus gustos, que eran los gustos de su clase, a las páginas de una obra de ficción. Y para ello acudió a una máxima que la novela de ese momento había prácticamente ignorado: la de deleitar enseñando. Richardson tuvo la habilidad de conjugar magistralmente en *Pamela* la enseñanza de la virtud y de la religión[27] unidas al interés por entretener, ayudándose para esto último de una línea argumental que interesara y cautivara al lector —o a las lectoras, deberíamos decir— de los romances y de las novelas femeninas: la de los lances y el desenlace de una historia de amor.

Nuestro autor decidió optar por una temática que no le era especialmente desconocida al público de la época, tanto desde el punto de vista social como literario: la del matrimonio de un noble con una persona de clase humilde[28]. Los enlaces de este tipo, sin ser en absoluto habituales, tampoco eran nada nuevo para las gentes del XVIII, como señala Alan Dugald McKillop, que cita como ejemplo las palabras del conde de Egmont, quien en la entrada correspondiente al 4 de febrero de 1745 anota lo siguiente en su diario:

[27] Varios críticos coinciden en señalar la importancia que las tendencias e intereses de la religión puritana tuvieron en las novelas de Richardson. Las aportaciones más interesantes a este respecto son las de Ian Watt, en *The Rise of the Novel,* donde, entre otros aspectos, se analiza la constante lucha moral que mantuvieron interiormente los miembros de este grupo; Roger Sharrock, en «Richardson's *Pamela:* The Gospel and the Novel», *Durham University Journal,* 58 (1966), págs. 67-74; Donald E. Morton, en el artículo «Theme and Structure in *Pamela*», *Studies in the Novel,* 3 (1971), págs. 242-257; y Cynthia Griffin Wolff, en *Samuel Richardson and the Eighteenth-Century Puritan Character,* Hamden, Archon, 1972. Una opinión contraria a la mencionada es la del crítico James Louis Fortuna, Jr., en *«The Unsearchable Wisdom of God». A Study of Providence in Richardson's Pamela,* Gainesville, University Presses of Florida, 1980.

[28] Los matrimonios de estas características no sólo ocurrían entre la gente de la aristocracia. En el año 1660 Jacobo II se había casado, siendo aún duque de York, con la plebeya Ana Hyde, una alianza que provocó un colosal escándalo en la corte inglesa y que fue objeto de numerosas burlas y de crueles críticas; y a comienzos del siglo XVIII el rey Jorge I, tras divorciarse de su mujer, contrajo matrimonio morganático con Melusine von der Schulenburg, antigua dama de su madre.

> Ésta ha sido una temporada excelente para que contraiga matrimonio la gente de clase baja, pues me dicen que, desde la boda del duque de Shandois con la criada de la posada que está cerca de Slough, el duque de Lancaster se ha casado con su querida y el duque de Rutland hará público que ha contraído matrimonio con la suya, y el conde de Salisbury se ha casado con la sobrina de su administrador —la señorita Keate, hija de un barbero y el encargado de mostrar las tumbas en Canterbury—, y el conde de Bristol ha hecho lo mismo con la doncella de su difunta esposa. Y el duque de Bridgwater con la sobrina de su tutor[29].

En sus cartas, Samuel Richardson dijo conocer un hecho de características similares a las de los mencionados en la cita anterior, y que le sirvió de base para crear el armazón de *Pamela*. Como le escribió el autor al dramaturgo Aaron Hill en 1741, un amigo suyo le había contado unos veinticinco años antes la historia de una hermosa y virtuosa doncella de compañía de la que su señor se había enamorado y con la que se había finalmente casado, siendo ella admirada y querida por todos[30].

Es muy probable que Richardson, como han estudiado varios críticos, además de basarse en el hecho que menciona en la carta a Hill, pudiera también conocer las comedias pastoriles escritas durante los siglos XVII y XVIII, o bien algún otro tipo de manifestación literaria o de carácter artístico que repitiera la temática del noble y, a veces, libertino hacendado dispuesto a seducir por cualquier medio a la virginal campesina que protagonizaba el relato. McKillop traza la existencia de historias con esta temática en el romancero popular y en obras como *La vie de Marianne* (1731-1741), de Pierre Marivaux; la ópera *Silvia; or The Country Burial (Silvia; o el entierro del campo*, 1730), de George Lillo, y *School of Venus (La escuela de Venus*, también conocida como *La corte de Venus*, 1716), del

[29] Tomada de Alan Dugald McKillop, *Samuel Richardson. Printer and Novelist*, Hamden, The Shoe String Press, 1960 (1.ª ed. 1936), pág. 29.

[30] Las referencias a este hecho se hallan en una carta que el autor le escribió a Aaron Hill, que está incluida en la edición de John Carroll, págs. 39-42.

capitán Alexander Smith[31]. Sin embargo, aunque quizá influido por este tipo de obras, Richardson no se limitó a crear una comedia pastoril igual a las ya existentes[32]. En *Pamela* nuestro autor supo combinar, como tendremos oportunidad de ver, otras tendencias literarias en boga, creando, además, un personaje femenino diferente, que critica en las cartas y en el diario que escribe los privilegios y la arrogancia de la clase alta, salpicando su relato por doquier de enseñanzas morales y religiosas y comentarios de carácter feminista.

La génesis de una novela así fue un *tour de force* poco menos que sorprendente. *Pamela* surgió por casualidad, a raíz de otra obra en la que Richardson se encontraba trabajando y que ocupaba entonces gran parte de su tiempo: las *Cartas familiares*. Como señalábamos en el apartado anterior, la finalidad de dos de las cartas incluidas en el citado volumen era instruir en el camino de la virtud a las jóvenes que marchaban a servir lejos de sus casas. Richardson hizo un hueco en la composición de las *Cartas familiares* y, en una de esas genialidades de las que sólo son capaces determinados autores, escribió *Pamela* en tan sólo dos meses. Comenzó su redacción el 10 de noviembre de 1739 y la acabó el 10 de enero de 1740, aunque la novela no se publicó hasta noviembre. En esta actividad prácticamente incesante que debió haber sido la composición de la obra, Richardson contó con el entusiasmo y el aliento que le proporcionaron su mujer, Elizabeth Leake, y una joven

[31] Alan Dugald McKillop, *op. cit.*, págs. 29-33. Todas las obras mencionadas comparten esta temática. Algunas de ellas culminan con el matrimonio de los protagonistas, pero en otras la mujer es al final rechazada. Además del de McKillop, otros estudios recomendables, que proporcionan nuevos títulos, son «The Dramatic Background of Richardson's Plots and Characters», de Ira Konigsberg, publicado en la revista *PMLA*, 83 (1968), págs. 42-53; y *A Natural Passion. A Study of the Novels of Samuel Richardson*, de Margaret Anne Doody (Oxford, Clarendon, 1974). Patricia Shaw traza la existencia de una obra de contenido similar en la literatura del siglo XVI. La obra en cuestión es *A Noble Mans Sute to a Cuntrie Maide (El cortejo de un noble a una doncella del campo)* y fue escrita por el poeta Gabriel Harvey. Véase su artículo «Sixteenth Century *Pamela*: Gabriel Harvey's *A Noble Mans Sute to a Cuntrie Maide*», *Homenaje a Esteban Pujals Fontrodona*, Universidad de Oviedo, 1981, págs. 373-389.

[32] Margaret Anne Doody, *A Natural Passion*, pág. 36.

llamada Elizabeth Midwinter[33], que vivía por aquel entonces con los Richardson. Cada noche las dos mujeres se acercaban al pequeño gabinete donde el autor se retiraba a escribir y le pedían que les leyera un poco más de la obra. De este modo surgió el texto que constituiría la primera edición de *Pamela*. Luego Richardson no dejaría de hilvanar y deshilvanar palabras incansablemente en las siguientes ediciones, movido por su constante afán de superación como novelista, algo de lo que nos ocuparemos con más detalle en el último apartado de esta Introducción.

Pamela, por las circunstancias y el momento en el que fue escrita, le debe el uso que se hace en ella de la técnica epistolar a las *Cartas familiares*. La narración, de hecho, se desarrolla a partir de la correspondencia que Pamela mantiene con sus padres y, más tarde, a través del diario que la joven protagonista escribe en cautividad con la esperanza de que algún día sus padres puedan leerlo. La huella de las *Cartas familiares* se deja sentir igualmente en la delineación caracteriológica que los personajes de la novela podríamos decir que realizan de sí mismos mediante el estilo, el registro y el lenguaje que emplean en sus cartas. Al ser los personajes, en especial la protagonista, quienes se presentan ante el lector sin la intervención de una tercera persona autorial, la construcción de su psicología y la de su lenguaje han de ser harto convincentes desde el comienzo, especialmente el último de los aspectos mencionados, que ha de adaptarse a circunstancias tan diversas como el sexo, la edad y la clase social, un ejercicio literario en el que nuestro autor se había curtido gracias a las personalidades ficticias que había tenido que adoptar en las *Cartas familiares*[34].

El lenguaje fue uno de los grandes logros de *Pamela,* siendo sobre todo su sencillez el elemento que más poderosamente

[33] Duncan Eaves y Kimpel consideran que es Elizabeth Midwinter, la hija del librero Edward Midwinter, la persona a la que se refiere Richardson. Véase John Carroll (ed.), *Selected Letters of Samuel Richardson,* pág. 41.

[34] Algunos de los personajes que aparecen en este volumen son, entre otros, un amigo que le escribe a otro sobre asuntos legales, un marinero, su novia, dos hermanas, y un cura, lo que viene a suponer un notable esfuerzo por parte del autor a la hora de crear diferentes estilos, registros y temáticas.

llamó la atención del público de la época. Los amigos de Richardson que tuvieron la oportunidad de disponer de la novela antes de que viera la luz coincidieron en elogiar la frescura y la naturalidad de la prosa en que estaban redactadas las cartas y el diario. Fue tanta la fascinación que les produjo la obra, que algunos, como el reverendo William Webster, llegaron a pedirle encarecidamente al autor el poder tener *Pamela* impresa «como Pamela la escribió», sin «asesinar» ni amputar el lenguaje peculiar de la protagonista y sin distraer con artificios retóricos la atención que el lector debería prestar al contenido[35].

La razón de esta sencillez en el estilo y en la expresión no sólo hay que buscarla en la humilde extracción social de Pamela, sino también en el deseo de verosimilitud del propio autor, que adecua el lenguaje al personaje y a la procedencia que él le da, rural en el caso de Pamela[36]. Como ha estudiado Margaret Anne Doody, una de las máximas expertas en la obra richardsoniana, el estilo de Pamela imita el del lenguaje epistolar rural, que, en lo que a la forma se refiere, se caracteriza por las frases de desigual extensión —hay frases excesivamente cortas junto a frases que se unen mediante conjunciones copulativas e ilativas en una sucesión que parece no tener final— y, como consecuencia de lo anterior, un orden gramatical a veces intrincado, que resulta de verter las ideas al papel a medida que éstas vienen a la cabeza[37]. La prosa de *Pamela* fluye así, y se desborda, por las páginas del libro sin que a veces la contenga o le ponga barreras el orden gramatical. Pamela escribe tal y como siente, tal y como piensa, sobre la marcha, en el momento, plasmando sus sentimientos, dudas, temores e ilusiones directamente sobre el papel. Su discurso es

[35] La carta del reverendo Webster está incluida en la edición de *Pamela* de Duncan Eaves y Kimpel, de las páginas 6 a la 8. La cita pertenece a la página 7. A pesar de esta magnífica acogida y de los elogios que recibió en este sentido, Richardson fue modificando el lenguaje de Pamela en las revisiones posteriores que llevó a cabo, elevando el estilo característico de este personaje.

[36] Puede también mencionarse como ejemplo el lenguaje del anciano señor Longman, que utiliza durante el texto varias palabras de procedencia dialectal, además de diversos vocablos de uso arcaico.

[37] Margaret Anne Doody, *A Natural Passion,* págs. 30-33.

una relación posterior, y a solas en el gabinete, de los acontecimientos que han tenido lugar durante el día o en jornadas previas. Hay, no obstante, momentos en los que los hechos externos que tienen lugar y el acto de escribir coinciden en el mismo instante en el tiempo (por ejemplo, cuando llega súbitamente el señor B. a la mansión de Lincolnshire, o cuando Pamela se dispone a abandonar dicha mansión, al final del primer volumen). Es en dichas ocasiones cuando el relato adquiere un tono más inmediato y directo, circunstancia que ha llevado a que algunos críticos vean en Richardson a un precursor de una técnica muy cercana a la que define la novela modernista del siglo XX: la del fluir de la conciencia.

Richardson ha sido considerado, además, uno de los artífices de la novela psicológica, por la indagación que lleva a cabo en *Pamela* de la interioridad de los personajes. El diario y las cartas de la protagonista sacan a la luz el variado y complejo mundo interior de los pensamientos y las emociones de una joven de quince años, que es la edad que tiene Pamela al inicio de la novela. El lector, la lectora, no puede muchas veces por menos que dejarse llevar por un argumento al que no le falta intriga y por una prosa que cautiva y arrastra suavemente a quien la lee por los meandros de los pensamientos y sentimientos escondidos de la protagonista, plasmados en los trazos de la escritura. Escribir un diario es, como hace Pamela, no sólo reflejar los acontecimientos externos y las reflexiones que provoca la interacción social del *yo* con los *otros*, sino también establecer un diálogo del *yo* con el *ello*, dando forma y atrapando entre renglones pensamientos a veces momentáneos y fugaces. El diario es un diálogo sin palabras entre el individuo y su mente que la mano sólo se limita a transcribir. Y es esto lo que leemos cuando nos acercamos a *Pamela:* un mundo interior vivo, pero muchas veces ignorado, al que Richardson, de forma innovadora para el género en Inglaterra, le abrió las puertas por primera vez en las páginas de su novela; un mundo de temores, sentimientos, ilusiones y contradicciones, inestable unas veces y sereno otras, que nuestro autor, en todo un alarde de estilo, técnica, maestría y capacidad de observación, supo reflejar.

Pamela puede ser definida como una «unidad heterogénea»[38], pues en ella Richardson toma elementos de distintos subgéneros para combinarlos formando un todo armonioso. A algunos de estos subgéneros, como el de la comedia pastoril, ya nos hemos referido con anterioridad. A esta lista debemos añadir también el cuento de hadas —la novela de Richardson, al fin y al cabo, no deja de repetir los patrones tradicionales de los cuentos de hadas en los que la virtud de la joven humilde encuentra recompensa económica en el matrimonio con un hombre adinerado—, la fábula, la literatura de corte sentimental[39], el romance, los libros de conducta y los diarios puritanos[40]. Sería imposible, por cuestiones de extensión, entrar a analizar la influencia de cada uno de los subgéneros o de las tendencias mencionadas que forman el calidoscopio que es la novela. Por dicha razón, nos centraremos en aquellos que creemos más interesantes o que puedan aportar una visión más global de esta obra en relación con el momento en el que fue escrita.

«Pamela»: del romance a la novela

Una de las mayores innovaciones de *Pamela* fue, como mencionamos con anterioridad, la de combinar dos intereses en principio opuestos: moralizar, al estilo de los libros de conducta y ensayos de contenido religioso, y entretener como los

[38] De esta forma define el crítico Mijail Bajtín la novela como género en el libro *Teoría y estética de la novela,* Madrid, Taurus, 1975.

[39] Richardson inscribió su novela en la tradición que había puesto de moda Pierre Marivaux con su obra *La vie de Marianne* (1731-1741). En *Pamela* Richardson creó a una protagonista humilde y virtuosa que hablaba con el lenguaje del corazón y de las emociones y que, sumida en unas tristes circunstancias, como eran el acoso y los depravados intentos de violación del señor de la casa donde servía, hizo llorar a los lectores de todas las edades. Una de las cartas que anteceden la primera edición de *Pamela* cuenta precisamente la historia de un niño de unos siete años que lloró desconsoladamente al escuchar la lectura de las reflexiones de Pamela junto al estanque, en el momento en que la protagonista se disponía a suicidarse.

[40] Cynthia Griffin Wolff estudia en detalle esta relación en su obra ya citada *Samuel Richardson and the Eighteenth-Century Puritan Character.*

romances y las novelas de amor. Richardson fue consciente de la originalidad de esta mezcla, como él mismo manifiesta en el valiosísimo documento que son sus cartas. Con la utilización de la novela con fines éticos y religiosos en un relato que pudiera resultar a la vez entretenido, nuestro autor intentó la difícil tarea de conseguir que la mirada del lector no dejara de correr ávida por las páginas del libro mientras éstas, al mismo tiempo, le procuraban su instrucción. Richardson dijo así estar creando una «nueva especie de escritura»[41], que él posteriormente bautizó con el nombre de «novela religiosa»[42] y que, en sus palabras, «podría probablemente hacer que los jóvenes se orientaran hacia lecturas distintas de la pompa y ostentación de los romances y, mediante el rechazo de lo inverosímil y de lo maravilloso, [...] tendiera a promover la causa de la religión y de la virtud»[43]. Con *Pamela* Richardson alcanzó estos objetivos, y, además, consolidó un género nuevo —el de la novela—, que ya desde ese siglo hasta la actualidad gozaría de las preferencias del público en detrimento de los romances y, como es bien sabido, del teatro y de la poesía.

Richardson manifestó, tanto en las páginas de *Pamela* como fuera de ellas, que la obra que el lector tenía entre sus manos era diferente a los romances y que no era, como ellos, producto de la fantasía. Para los críticos, no obstante, esta cruzada terminológica que Richardson pudiera decirse que libró contra el género anterior no deja de resultar paradójica, habida cuenta de la presencia importante de las estructuras, los tópicos, personajes, situaciones y final feliz de los romances en *Pamela*[44]. La delimitación genérica que hiciera Richardson

[41] Carta a Aaron Hill, del año 1741, incluida en la edición ya citada de John Carroll, págs. 39-42. Véase la página 41.

[42] Carta a Lady Bradshaigh del 26 de octubre de 1748, incluida en la edición de John Carroll, págs. 89-97. Véase, en concreto, la página 92. Aunque Richardson se refiere aquí más explícitamente a *Clarissa*, la denominación «novela religiosa» es aplicable también al propósito moral y religioso de *Pamela*.

[43] Carta a Aaron Hill, en la edición de John Carroll. Véase la página 41.

[44] La presencia de elementos románticos ha sido analizada por varios críticos. Entre ellos destacamos las aportaciones de Michael McKeon, en su obra ya citada *The Origins of the English Novel 1600-1740;* Ronald Paulson, en *Satire and the Novel in Eighteenth-Century England*, New Haven, Yale University Press, 1967;

en su día se justifica por el halo negativo que durante ese periodo rodeaba a los romances, censurados por muchos como lecturas pecaminosas y como instrumentos de los que se valía el demonio para tentar especialmente las mentes de las jóvenes, *incendiando su imaginación*[45] con historias de contenido fantástico. La distinción, por tanto, que Richardson llevó a cabo cuando publicó esta novela debió haber sido para él poco menos que necesaria, en un momento en el que incluso desde el púlpito se alzaban voces extremadamente críticas contra este tipo de obras.

Sin embargo, aunque nuestro autor se valió de los elementos del romance en *Pamela*, el producto resultante no puede incluirse bajo esta denominación. Otras tendencias y subgéneros, como los anteriormente mencionados, ayudaron a conformar el texto. Richardson experimentó combinándolos todos en esa unidad armoniosa que antes señalábamos, utilizando, además, nuevas técnicas narratológicas hasta entonces inexploradas y subordinando todo lo anterior a un objetivo principal: el de instruir en los senderos de la virtud al lector. Todo ello unido hizo de *Pamela* algo diferente a un romance, o, si se prefiere, la «nueva especie de escritura» por la que abogó el autor.

La correspondencia es una de las fuentes que nos ayudan a conocer la opinión de Richardson contraria a los romances. Esta clase de documentos le fue, además, de gran utilidad al autor para convencer a sus lectores de que el libro que leían estaba basado en una historia real. Así, en la primera edición de *Pamela* Richardson antepuso al texto novelístico dos cartas

Carol Houlihan Flynn, en el capítulo «Horrid Romancing: Richardson's Use of the Fairy Tale», de su libro *Samuel Richardson. A Man of Letters*, Princeton, Princeton University Press, 1982; Hubert McDermott, que analiza el tema en su libro *Novel and Romance: The* Odyssey *to* Tom Jones, Londres, Macmillan, 1987; Catherine Gimelli Martin, «On the Persistence of Quest-Romance in the Romantic Genre: The Strange Case of *Pamela*», *Poetics Today* 12 (1991), págs. 87-109; y, entre nosotros, Pedro Javier Pardo García en su artículo «Novel, Romance and Quixotism in Richardson's *Pamela*», *Atlantis*, XVIII (1996), págs. 306-336.

[45] Pamela define los romances de esta forma en el volumen IV de la obra, mostrándose muy crítica con ellos.

con los comentarios laudatorios de dos amigos suyos —Jean-Baptiste de Freval y el reverendo William Webster— a propósito del manuscrito de *Pamela* que ambos habían podido leer antes de que la obra saliera a la luz. En la primera de esas cartas se alude al carácter verídico de los hechos narrados y a las diferencias que separan esta novela de los romances. El prólogo vuelve a insistir en esta circunstancia. Bajo la máscara del editor, Richardson señala al inicio que los fines primordiales que ha querido alcanzar con la publicación de esta novela son, entre otros, los de instruir a los jóvenes de ambos sexos en la virtud, mostrar los deberes que padres e hijos han de observar, reformar a los hombres de vida reprobable y dar ejemplos dignos de ser seguidos por cualquier mujer, todo ello en una serie de cartas que tienen su fundamento en la verdad.

Esta confrontación entre el género de la novela y el del romance se extiende al ámbito diegético, donde se desarrolla a partir de los papeles de autora y lector que puede considerarse que representan la protagonista y el señor B.[46]. Para este último, Pamela ha creado en sus cartas y en su diario una narrativa donde ella se ha inventado a sí misma e inventado a los demás como personajes, asignándose y asignando a cada uno su papel y convirtiendo los incidentes que ocurren en algo similar a una trama literaria[47]. A medida que va escribiendo su historia, Pamela se escribe también a sí misma, pues los pliegos de papel actúan como el lienzo blanco donde la protagonista dibuja su propio retrato ayudada de las palabras, y los trazos de su pluma actúan como pinceladas que muestran de manera extraordinaria los matices de su personalidad. El texto de *Pamela* lo crea, en cierto sentido, ella y es, en último término, *ella misma,* en cuanto las cartas y el diario abren su ser, sus sentimientos y sus pensamientos a los demás.

Pamela y el señor B. definen de forma opuesta este relato, o retrato, que va tomando forma línea tras línea. Para el señor B. lo que él lee es fantasía, mientras que, para Pamela lo que ella escribe es realidad. En varias ocasiones el señor B. ironiza a propósito del modo en el que la mente de la protagonista crea una visión distorsionada y tendenciosa de determinados hechos y personajes, imaginando cosas donde no las hay. Tras haber leído previsiblemente algunas de las páginas del diario de la joven después de haber conseguido que ella le entregue parte del mismo, el señor B. compara dicho relato con un romance en el que Pamela ha fantaseado y, por tanto, falsificado la realidad, creando una visión penosa y triste en extremo de su cautiverio, así como un retrato harto nefando de él y de la señora Jewkes, el personaje que se encarga de vigilar a la joven para que no escape de su confinamiento en la mansión de Lincolnshire, adonde la ha llevado el señor B.

Esta actitud contrasta con la de Pamela, que convierte —o *cree convertir*— la historia o el relato de su vida en una «narración fiel de acontecimientos»[48], y decimos *cree convertir*

[46] No resulta extraño ver en este sentido algún que otro guiño metaficticvo en la novela. Por ejemplo, cuando Pamela recibe la visita inesperada de su padre, el señor B. la insta a que no deje de seguir escribiendo su diario (el padre de Pamela era el principal destinatario del mismo); pues, como manifiesta el personaje, si no llevara a cabo esta acción la historia quedaría incompleta y sus amigos, que también somos nosotros los lectores reales, nos quedaríamos sin saber lo que ocurre en esa ocasión.

[47] Es frecuente la utilización en el texto de la palabra *plot,* que en inglés tiene tanto el significado de intriga y manejo, como el de argumento de una obra literaria. El señor B. acusaría así a la protagonista de estar no sólo tramando escapar mediante intrigas del confinamiento al que la somete él en su mansión de Lincolnshire, sino también de ver la realidad como si se tratara de la trama o del argumento de un romance, donde ella es la sufrida protagonista. Se ha procurado mantener esta doble significación del vocablo *plot* en la traducción de la novela mediante el uso de la palabra «intriga».

[48] Esta confrontación en el modo en que ambos personajes se acercan al texto puede quedar mejor ejemplificada cuando el señor B. utiliza en cierta ocasión la expresión «cuadro que habla» para insultar a Pamela, una expresión que quizá Richardson conociera por el ensayo *The Defence of Poesie* (1595), del poeta renacentista inglés Philip Sidney. En el citado ensayo Sidney define la poesía como el arte de la imitación o, de forma metafórica, como un cuadro que le habla al lector, enseñándole y deleitándole a la vez. El objetivo final de *Pamela*, en cuanto novela, puede resumirse también de igual manera. El señor B., en cambio, sólo lee en ella un «romance». Para él, Pamela se ha perfeccionado, además, en el arte del fingimiento, pues durante buena parte del volumen primero el personaje masculino considera a la protagonista un ser astuto que finge o representa el papel de joven inocente y virtuosa.

Habida cuenta de que Richardson se encargó de parte de la impresión de la decimocuarta edición de las obras completas de Sidney, que vieron la luz en 1724 y 1725, no resulta extraño que la expresión mencionada, junto con

porque, aun con esta declaración de intenciones que realiza la protagonista, su relato —como observa el señor B., y como han estudiado los críticos— no deja de sustraerse a la poderosa influencia del universo de los romances en el modo de presentar los acontecimientos que van teniendo lugar. El argumento mismo del volumen primero se presta, de hecho, a que la historia de Pamela tenga más de «romance» que de «novela religiosa», entendiendo aquí estos términos en el sentido que les diera Richardson en sus cartas: de imaginación desatada y sin freno, por un lado, y de «nueva especie de escritura» que instruye y deleita a la vez al lector, por otro. Son los acontecimientos externos que van teniendo lugar en la obra (en el primer volumen, sobre todo) los que influyen en el modo en que la protagonista percibe y refleja después la realidad en sus cartas y en el diario. Estos acontecimientos responden al esquema básico de los romances, que es, como señala Ronald Paulson, el de la persecución y la defensa[49]. Pamela huye y se defiende del acoso y de los intentos de violación del señor B. Su situación, además —está literalmente secuestrada y se le impide cualquier contacto con sus padres y con los criados de la otra mansión en la que vivía con anterioridad—, aumenta sus temores y hace que su mente se deje llevar por la imaginación, poblando las páginas del diario de personajes comparables a brujas, ogros y villanos (la señora

otros rasgos que aparecen en las novelas de este autor, sean herencia directa de Sidney. De hecho, la lectura del romance *The Countess of Pembroke's Arcadia* durante esta época también pudo influir posteriormente en nuestro autor a la hora de escoger el nombre de la protagonista de la novela que analizamos. La también virtuosa Pamela de la *Arcadia* de Sidney es, al contrario que la Pamela de Richardson, de orígenes nobles, y es hija de Basilius, rey de Arcadia. La relación entre ambos personajes ha sido estudiada en detalle, y remitimos al lector interesado en ella a los artículos de Jacob Leed «Richardson's Pamela and Sidney's», *Journal of the Australasian Universities Language and Literature Association,* 40 (1973), págs. 240-245; y Gillian Beer «*Pamela:* Rethinking *Arcadia*», que forma parte de la colección editada por Margaret Anne Doody y Peter Sabor *Samuel Richardson. Tercentenary Essays,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, págs. 23-39.

[49] Ronald Paulson, *Satire and the Novel in Eighteenth-Century England,* New Haven, Yale University Press, 1967, pág. 101.

Jewkes, el señor B., Colbrand y Robin de Lincolnshire), y librando una cruzada en pos de la defensa de su virtud y de su castidad, cruzada que sólo encuentra por respuesta —como señala Pedro Javier Pardo García en el análisis que lleva a cabo de esta novela— las burlas del señor B. y la risa y la incomprensión de la señora Jewkes. En este sentido, como observa Pardo García, Pamela es semejante a un «Quijote femenino»[50], cuyo idealismo es carnivalizado por la visión prosaica del señor B. y de la señora Jewkes, como Sancho Panza y los otros personajes del *Quijote* carnivalizan con sus réplicas y comentarios el ideal heroico del hidalgo manchego.

La crueldad de la situación a la que se enfrenta Pamela hace —con toda la razón— que sus temores se desaten y que cree retratos psicológicos del señor B. y de la señora Jewkes utilizando en ocasiones rasgos que no responden por completo a la realidad y sí mucho a los prejuicios y a las circunstancias por las que la joven atraviesa. Esta actitud no es generalizable, por supuesto, a todo el volumen, pero sí que está presente en alguna que otra ocasión. Tarde o temprano, el lector logrará sustraerse en algún momento al influjo de esta Sherezade para preguntarse qué es lo que hay en realidad dentro de la mente del señor B. y si sus intenciones en la ocasión que se narra son las mismas que describe Pamela. Esta lectura distanciada, que se libera de la técnica envolvente y subjetiva del punto de vista, permitirá también poder descubrir que algunas de las descripciones que se realizan durante la primera parte llegan a ser en ciertos momentos exageradas. Pardo García señala, por ejemplo, los rasgos caricaturescos que intervienen en la descripción de personajes como la señora Jewkes y Colbrand. Ello convierte a Pamela, en palabras del crítico anterior, en una narradora poco fiable, que distorsiona o filtra la realidad a través de su mente romántica.

En el segundo volumen la obra adquiere un tono más moralizador y didáctico, reafirmándose como «la nueva especie de escritura» que pretendía el autor. A ello contribuye en gran medida el modo en el que Richardson salpica las páginas del

[50] Pedro Javier Pardo García, art. cit., pág. 308.

citado volumen con las reflexiones de la heroína o las enseñanzas del señor B. en torno a temas de mayor trascendencia, como son el matrimonio y la educación. Mientras en la primera parte las acciones mismas que la protagonista lleva a cabo para defender su castidad ilustran las lecciones morales y religiosas que pretende el autor, en el segundo volumen esas enseñanzas son de carácter más teórico y la historia se detiene literalmente para instruir al lector, incluso durante varias páginas, sobre temas como los deberes del esposo y de la esposa, la educación de los hijos y el que ha de ser el comportamiento correcto en sociedad. Todo ello lleva a que la narrativa se confunda por momentos con los famosos libros de conducta de la época[51]. Richardson, por boca de sus personajes, apunta al giro que en este sentido tiene lugar en la obra. Así, mientras al inicio de *Pamela* el señor B. le decía a la protagonista que entre los dos compondrían, antes de finalizar, «una bella historia para un relato romántico», Pamela, en cambio, ya desde el comienzo del segundo volumen defiende la singularidad de la narrativa y realiza la siguiente anotación en su diario: «Bueno, seguro que mi historia sería un buen argumento para cierto tipo de novela sorprendente, caso de que la contaran bien». Resulta curioso, además, que, mientras en la primera parte la palabra «romance» aparece en repetidas ocasiones para describir el relato de Pamela, en la segunda parte (volumen II) este término no se utiliza más que una vez, y en esa ocasión única en que aparece no está relacionado con el aspecto que tratamos[52].

En el segundo volumen los personajes expresan de forma refractada las enseñanzas del autor. Este interés didáctico explicaría uno de los hechos estructurales más llamativos de la novela para un lector actual y, sin duda, para cualquier crítico de *Pamela,* como es que el libro no culmine con el momento en que ambos protagonistas contraen matrimonio (como suele suceder en este tipo de obras), sino que prosiga con la vida de casados del señor y de la señora B. Es aquí cuando el texto olvida algo su propósito de deleitar —que, no obstante, ha suplido con creces en el primer volumen— para dedicarse fundamentalmente a la función de instruir, aunque, todo sea dicho de paso en favor de Richardson, el texto continúa manteniendo vivo el interés del lector mediante hilos argumentales que no terminan de resolverse, como son el encuentro de Pamela con la soberbia lady Davers, la hermana del señor B.; y las interrogantes que se le plantean al lector sobre el modo en el que las damas del condado de Bedford, residencia habitual del señor B., aceptarán el cambio de condición de la protagonista (de sirvienta a señora de la mansión Brandon, el apellido que se esconde tras la inicial). Si bien Richardson da a conocer pronto en el segundo volumen que Pamela y el señor B. contraerán matrimonio, el autor —inteligentemente— no desenreda todos los hilos de la trama, manteniendo el interés hasta el final.

Teniendo en cuenta el fin didáctico de la novela y la confrontación entre géneros que tiene lugar en el ámbito diegético, podemos decir que una de las principales cuestiones problemáticas que plantea *Pamela* es la de la lectura y conceptualización errónea de la realidad. En momentos de importancia dentro de la novela los personajes se «leen» los unos a los otros de forma errónea, surgiendo aquí sus infortunios y sus numerosos conflictos. Richardson parece sugerir la necesidad de aprender a «leer» a los demás de la forma correcta, lo que implica también comprender y aceptar los motivos y circunstancias que acompañan a cada persona. El desenlace feliz de *Pamela* sólo es posible cuando los personajes aprenden a leerse dejando a un lado ideas preconcebidas. Así, no será hasta que el señor B. lea y comprenda el valor de la virtud y la castidad que defiende la protagonista cuando se enamorará de ella; y, de manera similar, no será hasta que Pamela decida «leer» los sentimientos del señor B. y abandonar sus pre-

[51] Nancy Armstrong ha estudiado la relación existente entre *Pamela* y los libros de conducta en su ensayo *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela,* Madrid, Cátedra, 1991.

[52] Corresponde al momento en el que el señor B. habla con Pamela sobre el comportamiento arrogante de la gente de alcurnia y la infelicidad de sus matrimonios. Así, dice el señor B.: «La esposa (que no ha leído nada quizá, salvo novelas románticas) considera ahora muy poco galante que alguien quiera imponerle su autoridad por vez primera, y eso viniendo de un hombre del que no esperaba más que ternura.»

juicios cuando confíe definitivamente en el protagonista y decida regresar a su lado tras haber sido liberada de su cautiverio.

Richardson debió haber sido consciente de la necesidad y del atractivo que suponía para el público femenino de la época la presencia de elementos románticos. Si no había entretenimiento, como bien expresó el autor en sus cartas, no habría lectores, por lo que la obra no podría alcanzar su objetivo principal, que era moralizar. Este mismo deseo de entretener con fines instructivos explica la presencia en *Pamela* de ciertas escenas que muchos lectores actuales considerarían cuando menos sorprendentes, habida cuenta de su inserción en una obra de carácter moral. Así, en *Pamela* el lector encuentra numerosas situaciones que pudieran parecer no del todo apropiadas en una novela que el autor califica de «religiosa»; tal es el caso del intento de violación de Pamela, el acoso al que la protagonista se ve expuesta por parte del señor B., las manifestaciones naturales y espontáneas de cariño, y la presencia de un lenguaje con frecuencia malsonante y soez en boca de personajes como el señor B., la señora Jewkes, lady Davers y el señor H., sobrino de ésta. Richardson, como expresó en sus cartas, no sintió la necesidad de disculparse por utilizar este tipo de escenas o de lenguaje. Al contrario, nuestro autor creyó necesaria la inclusión de estos elementos, que contribuían a reflejar la vida de forma absolutamente realista y sin someterla a una mal entendida censura. Del mes de agosto de 1741 data una carta que Richardson le escribió a su médico y amigo George Cheyne con la que bien podemos ilustrar la razón de este tipo de escenas en su obra:

> Mi idea ha sido tomar por regla general la naturaleza humana *como es*, pues es un sinsentido suponerla angelical o esforzarse por hacerla de esa manera. Hay momentos de la vida en los que predominan las pasiones, y a las damas, ni más ni menos que a los hombres, no ha de mantenérseles en la ignorancia; y si podemos mezclar adecuadamente la instrucción con el entretenimiento, como para hacer del último *en apariencia* la intención, mientras la primera es *realmente* el fin, imagino que ya eso será bastante. Pues cuando la mente comienza a sentir apego por la virtud, mejorará y trascenderá las escenas pobres, que sólo pretendo como un *primer atractivo*[53].

Richardson quiso así que en *Pamela* el lector encontrara unidos la emoción, la ternura, el odio, el humor, las pasiones, las intrigas, el perdón y el amor, ingredientes que, hoy como ayer, han conformado muchas novelas, y elementos de por sí necesarios para atraer al lector, sea del siglo XVIII o del XXI. Si en el aspecto del contenido la novela de Richardson se hubiera quedado simplemente en la utilización de esos elementos no sería hoy un clásico, sino un romance más, de igual modo que cualquier novela que, con estos mismos ingredientes, se hubiera escrito en la actualidad engrosaría las filas de la literatura de consumo o marginal. La gran aportación de Richardson fue, pues, combinar el entretenimiento con las preocupaciones de carácter más trascendental, que en *Pamela* responden al propósito instructivo, como ya hemos señalado, y al crítico, como veremos a continuación.

«PAMELA», ¿UN LOBO CON PIEL DE CORDERO?

Si *Pamela* fue toda una revolución desde el punto de vista de la forma y por el nuevo género en que se inscribía, algo parecido ocurrió con el contenido. *Pamela* planteó cuestiones en torno a la relación de clases, a las reivindicaciones en favor de una mayor igualdad femenina y al tema de la educación. El primero de los aspectos mencionados está presente a lo largo de toda la obra, y críticos como Morris Golden y Ian Watt[54] lo han relacionado con el momento histórico en el que surge la novela, cuando las prerrogativas de la sangre y del linaje comenzaron a perder poder ante los valores individualistas abanderados por una pujante clase media. Para Mo-

[53] Carta a George Cheyne, del 31 de agosto de 1741, incluida en la edición ya citada de John Carroll, págs. 46-51. Véase en especial la página 47.

[54] Véanse el libro de Morris Golden *Richardson's Characters*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1963; y el de Ian Watt ya citado *The Rise of the Novel*.

rris Golden, Richardson quiso que *Pamela* contribuyera a crear una aristocracia más burguesa, o en otras palabras, que la nobleza experimentara un proceso de aprendizaje en el que los principios éticos de la burguesía actuaran de guía. Desde esta perspectiva, el personaje femenino principal se convertiría en un instrumento del que se vale el autor para que el señor B. aprenda a conceder un mayor valor a la virtud por encima del dinero y para que olvide su desprecio hacia los inferiores y los derechos naturales que sobre ellos cree tener. La generosidad económica es otro de los puntos en los que Golden se detiene, haciendo notar el interés de Richardson porque la misma tenga un carácter desinteresado. El mencionado crítico observa así la extraordinaria progresión moral del señor B., que de las malas intenciones que esconde al principio de la novela, cuando le regala dinero y ropas a Pamela, se convierte al final en un hombre de bien y de gran dadivosidad.

Para Ian Watt, al igual que para Morris Golden, el conflicto entre el señor B. y Pamela refleja en un nivel más global la confrontación entre dos clases sociales. Watt sostiene que este conflicto surge motivado por cuestiones de tipo moral y por el modo en el que los miembros de la clase media consideraban a aquellos que eran sus superiores en la jerarquía social como sus inferiores en el orden moral[55]. Pamela se muestra extremadamente crítica con el fariseísmo de la aristocracia, con su libertinaje y —en lo que constituye todo un desafío por parte de Richardson— con la connivencia que halla entre los altos y bajos estamentos de la jerarquía eclesiástica. Esta situación es del todo patente cuando el reverendo Peters, uno de los personajes de la novela, se niega a ayudar a Pamela cuando ésta muestra su deseo de huir de la mansión de Lincolnshire, alegando como excusa que no quiere enfrentarse a un hombre con el poder del señor B.

La filosofía cristiana sirve con frecuencia de soporte a la protagonista para enfrentarse a los ricos y poderosos y criticar su arrogancia, vanidad y abuso de poder. Richardson invierte

[55] Ian Watt, *op. cit.*, pág. 166.

en esta obra una jerarquía histórica de factura humana, basada en el poder del linaje y del dinero, y defiende en su lugar una nueva disposición social de base moral y religiosa, donde términos como la virtud, la bondad y la humildad ocupan el primer lugar. Pamela rechaza adornos materiales como las joyas y los vestidos en favor de los adornos del alma, como así explica durante la obra:

> Perder la mejor joya, mi virtud, estaría mal recompensado con esas joyas que vos os proponéis darme. ¿Qué debería pensar, cuando me mirara el dedo o me viera en el espejo esos diamantes alrededor del cuello y en las orejas, sino que fueron el precio de mi honradez, y que llevo esas joyas por fuera porque no tengo ninguna por dentro?

El vestido guarda también un componente simbólico en la novela. La decisión de Pamela de no ataviarse con los espléndidos vestidos con los que la ha obsequiado su difunta señora y el señor B. y llevar, en cambio, ropas más humildes y conformes a su condición social, supone su rechazo y crítica (a la vez) de la corrupción moral de la clase alta y, por contra, su elección de valores como la virtud, la sencillez y la humildad, lo que —en palabras del crítico Mark Kinkead-Weekes— viene a significar la «victoria espiritual» de la protagonista por encima de las tentaciones del señor B.[56].

Otro de los debates que Richardson plantea en *Pamela* es el referido a la mujer y a la defensa que lleva a cabo de ésta como individuo con la capacidad de pensar y actuar de forma autónoma e inteligente. Desde que en la década de los setenta del siglo XX comenzaran a aplicarse los presupuestos del movimiento feminista a las novelas de Richardson, nuestro

[56] Mark Kinkead-Weekes, *Samuel Richardson. Dramatic Novelist,* Londres, Methuen, 1973, pág. 11. El valor simbólico del vestido en *Pamela* ha sido analizado por varios críticos. Además del ensayo de Kinkead-Weekes, destacan en este apartado los trabajos de Carey McIntosh, «Pamela's Clothes», en Rosemary Cowler (ed.), *Twentieth Century Interpretations of Pamela,* Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1969, págs. 89-96; y Margaret Anne Doody, en *A Natural Passion,* ya citado.

autor no ha dejado de tener sus defensores y detractores al respecto. Entre los defensores acérrimos destaca Katharine M. Rogers, que en un artículo publicado en 1976 calificó a Richardson de «feminista radical»[57]. Su defensa incondicional ha encontrado, no obstante, el rechazo de un sector importante de la crítica, que si bien admite el interés de Richardson por la causa femenina, también observa la ambigüedad que caracteriza en este punto al escritor y la presencia en sus novelas de presupuestos patriarcales que no son objeto de crítica. Así, para Jerry C. Beasley[58], la valentía, independencia y energía que definen a Pamela en la etapa previa al matrimonio se diluyen de repente cuando este personaje acepta casarse con el señor B. A partir de ahí la protagonista comienza un proceso de reafirmación de la estructura del patriarcado y de aceptación de un conjunto de normas establecidas respecto del papel sumiso y obediente que ha de adoptar la esposa. Janet Todd, Temma F. Berg y Jocelyn Harris[59] observan igualmente que tras contraer matrimonio con el señor B. Pamela adopta un papel más servil que al que estaba obligada antes como criada, llegando al punto de referirse a su marido como su «amo» y «señor» y de considerarse ella misma su sirvienta. Otro crítico, John Carroll, pone de manifiesto la contradicción que se aprecia en la relación epistolar que Richardson mantuvo con diversas mujeres, por un lado, y el tratamiento de los personajes femeninos en las novelas, por otro. Según Carroll, Richardson tuvo una gran amistad con mujeres como lady Bradshaigh, Elizabeth Carter o Sarah Chapone, «gustó de su conversación, exaltó sus capacidades intelectuales, les recordó el poder que tenían para reformar a los hombres,

[57] Katharine M. Rogers, «Sensitive Feminism *vs.* Conventional Sympathy: Richardson and Fielding on Women», *Novel*, 9 (1976), págs. 256-270.

[58] Jerry C. Beasley, «Richardson's Girls: The Daughters of Patriarchy in *Pamela*, *Clarissa* and *Sir Charles Grandison*», en Albert J. Rivero (ed.), *New Essays on Samuel Richardson*, Londres, Macmillan, 1996, págs. 35-52.

[59] Janet Todd, «Pamela: Or the Bliss of Servitude», *British Journal for Eighteenth Century Studies*, 6 (1983), págs. 135-148; Temma F. Berg, «From Pamela to Jane Gray; or, How Not to Become the Heroine of Your Own Text», *Studies in the Novel*, 17 (1985), págs. 115-137; y el libro ya citado de Jocelyn Harris, *Samuel Richardson*.

pero no confió en que las mujeres pudiesen actuar de forma independiente: de ahí las reglas estrictas que para la conducta femenina promulgó en sus novelas»[60].

El hecho de que *Pamela* no deje de sustraerse a esa ambigüedad de la que Richardson ha sido acusado por la crítica se debe a que este rasgo se halla presente en la novela. Existen diferencias notables entre los dos primeros volúmenes en la actitud de la protagonista, que deja a un lado parte de su independencia y rebelión para adaptarse a las normas que la sociedad ha legislado con respecto a la mujer. Durante el primer volumen Pamela se muestra crítica con la ideología masculina dominante y con creencias tales como la de que la mujer sea una posesión del marido o sea inferior intelectualmente al hombre. La protagonista rechaza, de hecho, la pirámide social humana y los múltiples escalones que el hombre crea para distanciarse de los que considera sus inferiores, y aboga por una sola jerarquía constituida por Dios en el plano superior y, tras Él y a un mismo nivel, por mujeres y hombres, reyes y mendigos, princesas y campesinas, y amos y criados. En esa jerarquía radical de base cristiana todos los individuos son *iguales*. Pamela, además, manifiesta su rebelión contra la autoridad arbitraria, ya sea del hombre, del padre o de las leyes, y se enfrenta de forma crítica a los progenitores que consideran a sus hijas sus posesiones, o a las leyes que ven en la mujer un objeto que el marido puede poner en venta, situación que era normal durante ese siglo[61]. Pamela aboga, pues, por el derecho más elemental del ser humano, que es la libertad.

Si durante el primer volumen esta novela es, desde el punto de vista feminista, una obra revolucionaria, así como una crítica de las jerarquías tradicionales en favor de la igualdad, en el segundo volumen la protagonista inicia un proceso de aprendizaje del papel de esposa subordinada a la voluntad del marido. A pesar de que Pamela expresa su disconformidad

[60] John Carroll (ed.), *Selected Letters of Samuel Richardson*, pág. 23.

[61] Las esposas llegaban a ser vendidas por precios que oscilaban entre los seis peniques y las tres guineas y media. J. H. Whiteley, *Wesley's England*, Londres, 1938, pág. 300. Referencia tomada del ensayo de Ian Watt, *op. cit.*, página 143.

con algunas de las reglas patriarcales que le dicta el señor B., el lenguaje que escoge para mostrar su desacuerdo es el del silencio, un modo de expresión por desgracia común entre las mujeres de ese siglo. Mientras en el primer volumen la voz de Pamela entra en un conflicto dialógico abierto con las del señor B. y sus acólitos, en la segunda parte su desafío es, como observa Jocelyn Harris, puramente privado[62], expresado mediante la palabra muda que es la escritura, y en un diario que el señor B. le ha prometido a Pamela no volver a leer sin su consentimiento. La rebelión callada de Pamela puede verse en el siguiente ejemplo:

> 26. Las palabras MANDAR y OBEDECER, dice [el señor B.], las borrará de su vocabulario.—*¡Muy bien! ¡Suscribo esto con la mayor de las alegrías!*
>
> 27. Un hombre no debería desear nada de su mujer salvo lo que sea justo y razonable.—*Vamos, esto sí que está bien. Pero ¿quién, durante todo este tiempo, va a actuar de juez?*
>
> 28. No debe mostrarse reacia, molesta o en duda a la hora de complacerlo, y eso incluso con tan sólo media palabra que salga de su boca; y no ha de mandársele dos veces a que haga la misma cosa.—*¡Algo muy noble! ¿Pero no puede haber ocasiones donde se pueda prescindir un poquito de esto? Aunque, a decir verdad, él comenta después*
>
> 29. Que esto sólo ha de ser mientras ponga él cuidado en que la obediencia que ella le deba sea razonable y esté de acuerdo con su libre albedrío en cuestiones donde éste debiera reconocérsele.—*Vamos, después de todo, esto sí que no está nada mal. Sin embargo, de nuevo me pregunto... ¿quién va a actuar de juez?*
>
> 30. Si él se empeña en algo que está mal, ella no debe discutir con él, sino llevarlo a cabo y hacerlo entrar después en razón.—*¡No sé qué decir de esto! ¡A fe mía que parece algo difícil! Me imagino que una cosa así provocaría un animado debate en un parlamento de mujeres.*

La utilización de la estructura de las novelas de noviazgo por parte de Richardson contribuye, además, a la presencia en el texto de comentarios en pro de una mayor libertad femenina en lo que respecta al matrimonio. Las novelas de noviazgo de esta época adquirieron tintes feministas cuando las escritoras hicieron de la etapa previa al matrimonio que en ellas se describía un breve periodo de autonomía para la mujer[63]. Según Katherine Sobba Green, en este tipo de obras las escritoras expresaron reivindicaciones como las del matrimonio por amor, las relaciones domésticas igualitarias y la existencia de una educación mejor para la mujer[64]. Otros aspectos que interesaron a las escritoras de este género fueron los del cuestionamiento del «derecho de los padres a escoger marido para sus hijas, las dificultades de las relaciones familiares, los problemas relativos al dinero y a las dotes, [y] los intentos de tener una educación mejor y de ser más inteligente de lo que estaba de moda»[65].

Samuel Richardson defiende en *Pamela*, al igual que antes y después de él lo harían autoras como Eliza Haywood, Jane Austen y George Eliot, el matrimonio por amor. Son, en cambio, objeto de una crítica severa los matrimonios donde el motivo principal que impera es el económico, o bien donde se interpone la voluntad de unos padres que desatienden los sentimientos de sus hijas y arreglan matrimonios de conveniencia. Pamela llega a calificar esos comportamientos, y a aquellos de quienes parten, de tiránicos, mostrando incluso y de forma radical su rechazo a la autoridad paterna cuando ésta no sigue los dictados de la razón ni los del corazón, dejándose llevar simplemente por cuestiones de carácter económico.

Las novelas de noviazgo constituyeron una enseñanza para la mujer, pero, en el caso de *Pamela*, el hombre también desempeña un papel importante en ese proceso de aprendizaje común, convirtiéndose en el destinatario de algunos de los mensajes que contiene la obra. El señor B. observa así que en el matrimonio el hombre no ha de adoptar una actitud excesivamente autoritaria. Este personaje recibe también varias

[62] Jocelyn Harris, *Samuel Richardson*, pág. 33.

[63] Katherine Sobba Green, *The Courtship Novel, 1740-1820: A Feminized Genre*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1991.

[64] *Ibíd.*, pág. 7.

[65] Margaret Anne Doody, *A Natural Passion*, pág. 20.

propuestas para formalizar diferentes acuerdos matrimoniales (con la señorita Tomlins, con Nanny Darnford y con lady Betty C.), propuestas que rechaza porque en ellas los intereses económicos son el motor principal. La opinión —radical para la época— que el señor B. acaba expresando respecto del matrimonio es que debe ser un contrato donde las únicas capitulaciones que firmen ambos cónyuges sean las del amor.

Por último, no podemos finalizar este apartado sin aludir a la importancia del hecho de que Richardson le conceda el poder de la palabra a una mujer, ofreciendo así una perspectiva del mundo y de la sociedad diferente a la tradicional (algo que ocurre fundamentalmente en el primer volumen). Desde el punto de vista narrativo, esta situación da lugar a una confrontación entre el discurso patriarcal y la visión que de ese mismo discurso tiene la protagonista, una mujer. A veces, dicha confrontación se produce en el nivel extradiegético, y es producto de las implicaciones a las que llega el lector o lectora a partir del texto mismo. Así, el discurso de ciertos personajes masculinos que renuevan una serie de imágenes femeninas misóginas se contradice con la realidad de la trama, que el lector conoce y que no coincide con la conceptualización equivocada que llevan a cabo dichos personajes. Es el caso, por ejemplo, del granjero Monkton, que condena a las mujeres, Pamela incluida, como seres tercos, caprichosos y desobedientes, cuando la realidad de la trama le muestra al lector que la situación es bien diferente. En *Pamela* también se critica la lectura errónea que la sociedad realiza de la mujer. La protagonista, de hecho, desestabiliza la ecuación tradicional que asocia la belleza, dulzura, sentimentalidad y obediencia femeninas con una escasa capacidad intelectual. Como el lector podrá comprobar, Richardson crea un personaje femenino dotado de una gran inteligencia, ingenio y, sobre todo, de una astucia enorme que le ayudará a conservar su virtud hasta el final.

Todo libro establece siempre un diálogo en silencio con el lector y, en el caso de *Pamela*, su mensaje es doble pues habla, por un lado, de humildad y sumisión, pero llama, por otro, al inconformismo y a la rebelión. Richardson disfrazó *Pamela* con piel de cordero y expresó en sus páginas el eterno discurso crítico contra los poderosos, a quienes quiso educar, junto con los humildes, en la virtud; en contra de las jerarquías, que buscó cuestionar, y en contra de muchos de los principios que aún hoy continúan sosteniendo nuestra sociedad. Después de prácticamente tres siglos, las páginas de *Pamela* todavía no han enmudecido y siguen teniendo mucho que decirle al lector actual.

La recepción de «Pamela» en Inglaterra y Europa

Como se ha dicho más arriba, se considera esta novela como el primer *best seller* o éxito de ventas de la historia, pues su publicación en dos volúmenes el 6 de noviembre de 1740 en Londres (aunque con fecha de 1741), con el título de *Pamela; or, Virtue Rewarded (Pamela o la virtud recompensada),* fue seguida casi de inmediato por una nueva edición revisada en febrero de 1741, y a continuación, y en ese mismo año, por otras tres ediciones corregidas (en marzo, mayo y septiembre), todas ellas en duodécimo. Además, en diciembre de 1741, apenas un año después de la primera edición, Richardson, ante la avalancha de críticas, parodias y continuaciones escritas por otros, publicó una Segunda Parte, en dos volúmenes (vols. III y IV), titulada *Pamela in Her Exalted Condition (Pamela en su elevada condición),* que hoy generalmente se conoce como *Pamela II* y que no suele incluirse en las ediciones modernas de la novela, por tratarse de una continuación que la crítica considera mayoritariamente muy inferior a la Primera Parte. El texto de *Pamela*, sin embargo, no quedó fijado en este primer año de vida de la obra, porque Richardson continuó revisándola durante el resto de sus días, de modo que en 1742 se publicó una lujosa edición, en octavo, con ilustraciones y numerosos cambios, en la que la introducción de las ediciones anteriores —que había sido muy criticada— fue sustituida por un extenso índice en el que se resumían las cartas y las entradas del diario (se reproduce en esta edición española, en el Apéndice II). Esta edición de 1742 recogía los cuatro volúmenes anteriores (es decir, *Pamela* y *Pamela II);* pero en 1746

PRÓLOGO DEL EDITOR[2]

Si divertir y entretener, y, a la vez, instruir e ilustrar las mentes de los jóvenes de ambos sexos,

si inculcar la religión y la moralidad de una manera tan sencilla y agradable que las haga por igual amenas y provechosas,

si mostrar del modo más ejemplar los deberes paternos, maternos, filiales y sociales,

si pintar el vicio con sus colores propios, para hacerlo merecidamente odioso, y fijar la virtud en toda su amabilidad, para hacerla parecer encantadora,

si dibujar personajes con honradez y apoyarlos inequívocamente,

si dar origen a un infortunio por causas naturales y despertar la compasión de los justos,

si enseñar al hombre de fortuna a cómo utilizarla, al hombre de temperamento colérico a cómo dominarlo, y al hombre que gusta de intrigas a cómo reformarse, elegantemente y con dignidad,

si dar ejemplos prácticos, dignos de ser seguidos en los casos más críticos y conmovedores por la virgen, la novia y la esposa,

---

[2] En las ediciones anteriores a la del año 1801 Richardson incluye parte de la correspondencia que mantuvo con algunos de los primeros lectores de *Pamela*. La práctica totalidad de los mismos dedica encendidos elogios a la novela, aunque haya algún que otro lector, anónimo, que sugiera posibles mejoras (véase Introducción).

si llevar a cabo todos estos buenos propósitos de una manera tan verosímil, natural y viva que atraiga las pasiones de los lectores sensatos y les haga tener la historia en gran estima, y todo ello sin dar lugar a una sola idea a lo largo del libro que ofenda la más pura inocencia, incluso en el más peligroso de esos casos donde la inocencia más inquietante fuera, si son éstas loables o dignas recomendaciones, el editor de las siguientes cartas, que se fundamentan tanto en la verdad como en la naturaleza, se permite afirmar que todos los fines señalados se consiguen juntos aquí.

Confiado, por tanto, en la recepción favorable que se atreve a pronosticar para esta pequeña obra, cree innecesario pedir disculpa alguna por ella; lo más por dos razones: primera, porque puede apelar desde sus propios sentimientos (que se han conmovido extraordinariamente al leerla) a los sentimientos de todos aquellos que la lean con atención; y, en segundo lugar, porque un editor puede opinar con una imparcialidad que raramente se encontrará en un autor.

CARTA I

Querido padre y querida madre:

He de informaros de una gran desgracia y de cierto consuelo. La desgracia es que mi buena señora murió de la enfermedad de que os hablé, dejándonos a todos muy afligidos por su pérdida, pues era una dama muy bondadosa y, además, amable con todos nosotros, sus criados. Como su señoría me había tomado para que cuidara de su persona, mucho era el temor que yo sentía a verme de nuevo en la más completa miseria y obligada a regresar con vos y con mi pobre madre, que ya trabajo bastante tenéis los dos con manteneros vosotros. Y como, gracias a la bondad de mi señora, había aprendido a escribir y a sacar cuentas, me había hecho algo experta con la aguja y me había instruido, además, por encima de mi condición, no en cualquier casa habrían podido encontrarme un lugar donde vuestra pobre Pamela encajara. Pero Dios, que tantas veces ha sido misericordioso con nosotros, infundió en el corazón de mi buena señora en su lecho de muerte, justo una hora antes de que expirase, encomendarle todos sus sirvientes, uno por uno, a mi amo. Y cuando le llegó el momento de encomendarme a mí (pues estaba sollozando y llorando junto a su almohada), sólo pudo decir: «¡Querido hijo mío!», y se detuvo durante un momento; luego, recuperándose, añadió: «¡Acuérdate de mi pobre Pamela!» Y ésas fueron algunas de sus últimas palabras. ¡Oh, cómo se me llenan los ojos de lágrimas! ¡No os extrañe ver tan corrida la tinta del papel!

Bueno, pero ¡la voluntad de Dios ha de cumplirse! Así que ahora viene el consuelo, y es ¡que no me veré obligada a re-

gresar y ser una carga para mis queridos padres! Pues dijo mi señor: «Cuidaré de todas vosotras, mis buenas doncellas, y en cuanto a ti, Pamela» (y me tomó de la mano; sí, tomó mi mano delante de todas ellas), «seré contigo un amigo, en recuerdo de mi querida madre, y tú cuidarás de mi ropa»[3]. ¡Dios lo bendiga!, y rezad conmigo, queridos padres, para que le conceda su bendición, pues ha dado ropa de luto y el salario de un año a todos los sirvientes de mi señora; y, con respecto a mí, que hasta ahora no tenía ningún salario, pues mi señora había dicho que me daría lo que me mereciera, le ordenó al ama de llaves que me entregara ropa de luto junto con el resto, y me dio de su propia mano cuatro guineas y algunas monedas de plata[4] que estaban en la faltriquera de mi señora cuando murió, diciéndome que si era una muchacha buena, leal y diligente se portaría conmigo como un amigo, por amor a su madre. Así que os envío estas cuatro guineas, para que os sirvan de consuelo en vuestra situación. Anteriormente ya os envié algunas cosas, aunque de poca importancia, que procedían de la generosidad de mi señora, a pesar de que os mostrarais, como siempre, reacios a aceptarlas. Mas la Providencia no dejará que me falte nada; y para ocasiones imprevistas he reservado también algún dinero (además de las monedas de plata que ahora me han dado), con el fin de no verme obligada a pedirlo prestado y parecer menos a los ojos de los otros sirvientes. Así pues, podéis pagar alguna antigua deuda con parte de éste y guardar la otra parte para vuestra tranquilidad. Si me dan más, estoy segura de que es mi deber, y será mi desvelo, amaros y cuidaros a ambos, porque vosotros me habéis amado y cuidado cuando no podía valerme por mí misma. Os envío las monedas con John, nuestro lacayo, que va en vuestra dirección, aunque él desconoce lo que lleva, pues las he guardado en una de las cajitas para las píldoras que tenía mi señora, bien envueltas en papel para que no tintineen. Aseguraos de no abrirla delante de él.

Sé, queridos padres, que os debo causar tristeza y también alegría; por eso tan sólo os diré que recéis por vuestra Pamela, que siempre será

vuestra obediente hija.

Casi me muero del susto, porque ahora mismo, cuando estaba doblando esta carta en el vestidor de mi difunta señora, ¡entra el amo! ¡Dios mío! ¡Cómo me asusté! Me dispuse a esconderme la carta en el seno, y él, al ver que yo temblaba, me dijo sonriendo:

—¿A quién le has estado escribiendo, Pamela?

Y le dije, en mi confusión:

—¡Ruego a su señoría que me perdone! Sólo a mi padre y a mi madre.

—Bueno, entonces déjame ver cómo escribes.

Tomó la carta, sin decir más, y la leyó de principio a fin, y luego me la dio otra vez, diciéndole yo:

—¡Ruego a su señoría que me perdone!

Sin embargo, no sé qué es lo que tenía que perdonarme, pues él no había sido desatento con sus padres, y ¿por qué había de enfadarse de que yo fuera obediente con los míos? Y, en efecto, no estaba enfadado, porque me tomó de la mano y me dijo:

—Eres una buena hija, siendo así de cariñosa con tus ancianos padres. No estoy enfadado contigo por escribir sobre asuntos tan inocentes como éstos, *aunque debes tener cuidado con los cuentos que estás llevando de mi casa a las personas de fuera.* Sé leal y diligente y haz lo que debieres, que por esa razón mayor aprecio te tendré.

Y luego me dijo:

—Vaya, Pamela, tienes una letra bonita, y no cometes faltas de ortografía. Puedes hojear cualquiera de los libros de mi madre para instruirte, siempre y cuando los trates con cuidado.

[3] Pamela queda al cuidado de la ropa blanca de la casa y de la ropa personal del señor B., y más en concreto, de aquellas prendas que en la época se fabricaban con lino, como las camisas y la ropa interior.

[4] La guinea fue una antigua moneda de oro inglesa a la que se le dio dicho nombre por pensarse en un principio que estaba fabricada con oro de la Guinea. Fue emitida por vez primera en el año 1663 y continuó en curso hasta la primera década del siglo XIX. El valor que tuvo fue de veintiún chelines; entonces la libra equivalía a veinte chelines, por lo que una guinea era una libra y un chelín.

Por supuesto que no hice sino llorar y hacerle reverencias, sintiéndome toda confusa ante su bondad. No sin razón se pensó de él hace tiempo que era algo disoluto; sin embargo, ahora me parece ¡el mejor de los caballeros!

Pero estoy escribiendo otra carta larga, así que sólo añadiré para terminar ésta que siempre seré

vuestra obediente hija,

PAMELA ANDREWS.

CARTA II

LA RESPUESTA DE SU PADRE

Querida hija:

Tu carta, en efecto, nos causó una gran inquietud, y nos dio cierto consuelo a mí y a tu pobre madre. Estamos preocupados, en verdad, por la muerte de tu buena señora, que tanto cuidó de ti y te educó, y que durante los últimos tres o cuatro años siempre estuvo dándote vestidos, ropa y todo aquello de lo que una criada no tuviera por qué sentirse avergonzada al aparecer ante los demás. Pero nuestra principal preocupación —sin duda, extrema— es el temor de que la excesiva vanidad pudiera conducirte a alguna acción indecente o malvada. Todos hablan de los progresos que has hecho y de lo educada que eres, y dicen algunos que eres muy bonita, y ya lo creo que cuando te vi por última vez, que fue hace unos seis meses, yo mismo también lo hubiera pensado si no fueras nuestra hija. Pero, ¿de qué sirve todo esto si te seducen y te pierden? En efecto, querida Pamela, empezamos a temer mucho por ti, pues ¿de qué valen todas las riquezas del mundo con la conciencia sucia y sin honra? Somos muy pobres, es verdad, y apenas tenemos con qué vivir, aunque en otro tiempo, como sabes, las cosas nos fueron mejor. Pero preferiríamos vivir del agua y, si fuera posible, del barro de las zanjas que cavo

contento, antes que vivir mejor al precio de la perdición de nuestra querida hija.

Espero que tu buen amo no tenga ninguna mala intención; pero, como fuera una vez, según confiesas, algo disoluto, y como te ha dado tanto dinero, y te habla con tanta amabilidad, y elogia los progresos que haces y, ¡oh, esa palabra horrible!, que te tendría mayor aprecio si haces *lo que debieres hacer*, estas cosas nos hacen temer mucho por tu virtud.

He hablado de ello con la anciana viuda Mumford, que, como sabes, ha vivido anteriormente en el seno de buenas familias; y ella nos ha dado cierto consuelo, pues dice que cuando muere la señora es normal dar el dinero que lleva encima a su doncella de compañía y a aquellas otras que la velan durante su enfermedad. Pero, entonces, *¿por qué te sonreiría él con tanta amabilidad?* ¿Por qué tomaría de la mano a una pobre muchacha como tú, como dice tu carta que lo ha hecho en dos ocasiones? ¿Por qué se dignaría a leer la carta que nos escribiste y a elogiar tu letra y ortografía? Ciertamente, queridísima hija mía, ciertamente que nuestros corazones ansían tenerte cerca. Y luego, pareces tan llena de alegría por su bondad y tan cautivada por sus amables palabras (que, verdaderamente, son favores muy grandes, si sus intenciones son buenas) que tememos —sí, querida hija, tememos— que pudieras ser *demasiado* agradecida y recompensarle con esa joya, tu virtud, que ninguna riqueza, ningún favor ni nada de esta vida pueden compensar.

Yo, también, te he escrito una carta larga, pero añadiré una cosa más, y es que en medio de nuestra pobreza y de nuestras desgracias hemos confiado en la bondad de Dios y hemos sido honrados, y no dudamos en que seremos felices en la otra vida si continuamos siendo buenos en ésta, aunque el destino aquí nos sea cruel. Pero la pérdida de la virtud de nuestra querida hija sería un dolor que no podríamos soportar y que nos llevaría muy pronto a la tumba.

Si, así pues, nos amas, si deseas que Dios te dé su bendición y que puedas ser feliz en el futuro, te ordenamos que estés en guardia. Y si descubres la más mínima acción que semeje una intriga para acabar con tu virtud, no dudes en dejarlo todo y en regresar con nosotros, pues preferiríamos verte toda

cubierta de harapos e incluso seguirte hasta la tumba, a que se diga de una hija nuestra que prefirió las comodidades mundanas a su virtud.

Aceptamos con cariño tu atento regalo, pero no podemos hacer uso de él hasta que se borren nuestras preocupaciones, por temor a poder estar compartiendo el precio de la vergüenza de nuestra pobre hija. Así que lo hemos guardado de momento en un trapo metido entre la paja del techo, sobre la ventana, para que no nos lo roben.

Con nuestras bendiciones y plegarias constantes, se despiden

tu padre y tu madre que te quieren y se preocupan por ti,

JOHN Y ELIZ. ANDREWS.

CARTA III

No puedo dejar de confesaros, querido padre, que vuestra carta me ha llenado de preocupación, porque ha hecho que mi corazón, que rebosaba gratitud por la bondad de mi señor, se llene de sospecha y temor. Y, sin embargo, espero no llegar nunca a descubrir que mi amo se comporta de forma impropia de su condición, pues ¿qué conseguiría seduciendo a tan pobre criaturita como yo? Pero lo que más me preocupa es que ambos parecéis desconfiar de la honradez de vuestra hija. No, queridos padres. Estad seguros de que, por la gracia de Dios, no haré nunca nada que, del dolor, os lleve a la tumba. Mil veces preferiría la muerte a perder la honra. De eso estad seguros, y tranquilizaos, pues, si bien he vivido por encima de mi condición desde hace algún tiempo, aún puedo contentarme con unos harapos y con vivir en la pobreza a pan y agua, y aceptaré eso antes que mancillar mi buen nombre, sea quien fuere el que intente seducirme. Así que os ruego que no os preocupéis y que penséis mejor de

vuestra obediente hija.

Mi amo continúa estando muy afable conmigo. Hasta ahora no veo causa alguna para temer nada. La señora Jervis, el ama de llaves, también es muy atenta, y tengo el cariño de los demás. ¡Seguro que *todos* ellos no pueden tener malas intenciones hacia mí, pues son muy gentiles! Espero comportarme siempre de modo que me respeten, y que nadie me haga más daño del que, estoy segura, pudiera hacerles yo.

Nuestro John va tantas veces en vuestra dirección que siempre consigo que vaya a haceros una visita para que tengáis noticias mías, ya sea mediante las cartas (y así no pierdo la práctica), ya de palabra.

CARTA IV

Querida madre:

Como la última iba dirigida a padre, en respuesta a su carta, ahora os escribiré a vos, aunque sólo tengo que contaros algo que más me hará parecer una sinvergonzona vanidosa que ninguna otra cosa; sin embargo, espero no ser tan orgullosa como para olvidarme de quién soy, aunque una siempre siente una satisfacción interior cuando oye que es elogiada. Debéis saber, pues, que lady Davers, quien, no hace falta deciros, es la hermana de mi señor, ha estado un mes en nuestra casa y se ha fijado mucho en mí, dándome buenos consejos sobre cómo mantenerme apartada de los demás. Me dijo que era una moza muy bonita, y que todos me querían y hablaban muy bien de mí, y me ordenó que pusiera cuidado en mantener a los hombres a distancia, diciéndome que si así lo hiciera sería más apreciada, incluso por ellos.

Pero lo que me agradó sobremanera fue lo que os voy a contar, pues, cuando estaban sentados a la mesa (según Jonathan, nuestro mayordomo, le dijo a la señora Jervis y ésta a mí) y el amo y su señoría hablaban de mí, ella le dijo que me consideraba la moza más guapa que había visto en su vida y que era demasiado bonita para vivir en la casa de un hombre soltero, ya que ninguna dama con la que él se casara querría con-

tinuar teniéndome a su servicio. Él le dijo que yo había hecho muchísimos progresos, que tenía buena parte de prudencia y de sentido común superiores a mi edad, y que sería una pena que lo que era un mérito se convirtiera en mi desgracia.

—No —dijo miladi—, Pamela se vendrá a vivir conmigo, ya lo creo.

Con mucho gusto le respondió que sería para él una alegría asegurarme un empleo tan bueno.

—Está bien —dijo ella—, lo consultaré con mi esposo.

Preguntó qué edad tenía yo, y la señora Jervis respondió que había cumplido los quince el pasado febrero.

—¡Oh! —dijo ella—, si la moza —porque así nos llama a las sirvientas— se cuida, mejorará todavía más, tanto su persona como su mente.

Ahora bien, querida madre, aunque esto pueda pareceros demasiado vanidoso para que lo repita, aun así, ¿no os alegráis vos, como yo, de ver a mi señor tan dispuesto a separarse de mí? Esto demuestra que no esconde nada malo en su corazón. Pero John ya está a punto de irse, así que sólo he de deciros que soy, y que siempre seré,

vuestra honrada y obediente hija.

Por favor, disponed del dinero. Ahora podéis hacerlo con total tranquilidad.

CARTA V

Queridos padres:

Como John va en vuestra dirección, tengo gusto de escribiros, porque él está muy gustoso de llevarme cualquier cosa. Dice que le hace mucho bien veros y oíros hablar: los dos sois tan sensatos y tan honrados que siempre aprende algo provechoso de vosotros. ¡Es muy de lamentar, dice, que unos corazones tan nobles no hayan podido tener mejor suerte en la vida!, y se sorprende de que vos, padre, que sois tan capaz de

enseñar y que escribís tan bien, no tuvierais éxito con la escuela que intentasteis establecer y os hayáis visto obligado a trabajar en una labor tan dura. Pero yo me siento más orgullosa de proceder de unos padres así de honrados que de haber podido ser una dama de buena cuna.

Todavía no oigo nada de trasladarme a la residencia de lady Davers y, por ahora, estoy muy bien aquí, pues la señora Jervis me trata como si fuera su propia hija y es una mujer muy buena que se desvive por el amo. Siempre me está dando buenos consejos, y la quiero, después de vosotros dos, ya lo creo, más que a nadie en el mundo. Mantiene unas reglas y un orden tales que hace que todos nosotros le tengamos un gran respeto. Goza escuchándome cuando le leo, y lo que le encanta oír leer son los buenos libros, que leemos muchas veces cuando estamos a solas, de modo que, con un empleo tan bueno, estoy pronta a sentirme cual en casa con vosotros. Ella oyó a uno de nuestros hombres, a Harry, que no hace sino írselas echando ante los demás, hablarme con excesiva libertad —creo que me llamó su guapa Pamela y me agarró como si fuera a besarme (por lo cual, podéis estar seguros, me irrité muchísimo)— y lo reprendió y se enfadó con él como hubiera hecho yo, diciéndome que estaba muy satisfecha de ver mi prudencia, mi modestia y la forma en la que mantenía a todos los hombres a distancia. Y, efectivamente, aunque estoy segura de que no soy orgullosa y de que me comporto de forma educada con todos, no puedo soportar que los hombres que sirven en la casa me miren como son dados a mirarme. Pero como, por lo general, desayuno, almuerzo y ceno con la señora Jervis (¡qué buena es conmigo!), estoy muy tranquila, pues apenas tengo que hablarles; aunque son muy educados conmigo en su mayoría, por consideración a la señora Jervis, ya que ven que me quiere, y le tienen un gran respeto, pues saben que procede de buena familia, aunque hayan ocurrido varias desgracias.

Otra vez estoy escribiendo una carta larga, porque adoro escribir, y os cansaré enviándoos cartas. Pero cuando comencé sólo pretendía deciros que ahora no temo en absoluto que me aceche ningún peligro; y, desde luego, no puedo sino asombrarme de mí misma (aunque vuestra advertencia se debiera al amor vigilante), de que pudiera ser tan tonta como

para estar tan preocupada como lo he estado, ya que estoy segura de que mi señor no se rebajaría hasta el punto de pensar en hacerle daño a una pobre muchacha como yo, pues, ya lo sabéis, tal cosa arruinaría su reputación y también la mía, cuando, a buen seguro, él espera casarse con una de las mejores damas del lugar. Así que nada más por ahora, sino que soy

vuestra siempre obediente hija.

CARTA VI

Mi señor ha sido muy amable conmigo desde mi última carta, pues me ha dado un vestido de mi difunta señora[5], media docena de sus almillas, seis pañuelos muy finos[6], y tres de sus delantales de batista y cuatro de los de holanda[7]. El traje es de

[5] Durante el siglo XVIII, los señores regalaban con frecuencia a sus criados la ropa que ellos ya no querían. Muchas de las prendas que iban a parar a manos de los criados estaban fabricadas con telas y materiales costosísimos, y no dejaba de ser frecuente ver a las sirvientas vestidas con igual o mayor elegancia y lujo que sus señoras, algo que escritores como Daniel Defoe criticaron severamente, pues apenas se podía distinguir, si no era tarea imposible a simple vista, las unas de las otras. El requisito frecuente que ponían las señoras a sus criadas para darles dichas prendas era que llevaran a cabo ciertos arreglos, de manera que los trajes no fueran iguales a como ellas los habían llevado en su día (véase Aileen Ribeiro, *Dress in Eighteenth-Century Europe 1715-1789*, Londres, B. T. Batsford, 1984, pág. 61). De forma similar, cuando moría la señora, era costumbre repartir toda su ropa entre sus criadas más distinguidas, tarea que lleva a cabo el señor B. en la novela, dándole la ropa de su madre a Pamela y a la señora Jervis.

[6] La almilla es una prenda interior a modo de jubón, con mangas y ajustada al cuerpo. Los pañuelos a los que se refiere Pamela son prendas de vestir femeninas que, a modo de adorno, se colocaban sobre los hombros, uniéndose las puntas por delante en forma de triángulo la una sobre la otra a una altura por encima del pecho.

[7] El delantal formó parte de muchos vestidos femeninos del siglo XVIII, tanto entre las clases altas como entre las bajas. En los que llevaban las mujeres pertenecientes a la aristocracia los bordados y adornos eran mucho más vistosos. Los de batista eran de una tela fina, procedente de Francia, y solían emplearse como adorno del vestido, mientras que los de holanda se usaban para el trabajo.

fina seda, y la verdad que demasiado caro y bueno para mí. Ojalá mi señor no se ofendiese si pudiera sacar dinero por él y os lo enviara: eso me haría mayor bien.

Seguro que estaréis llenos de temor por si hubiera alguna mala intención contra mí hasta que os diga que mi amo estaba acompañado de la señora Jervis cuando me dio todo esto; y a ella también le regaló muchísimas cosas y le pidió que las llevara en recuerdo de su madre, tan buena amiga suya. Y cuando me dio todas estas cosas hermosas me dijo:

—Éstas, Pamela, son para ti. Haz que te las arreglen cuando se te acabe el luto y llévalas en recuerdo de tu buena ama. La señora Jervis elogia tu conducta, y yo quisiera que continuaras comportándote con la prudencia con la que lo has venido haciendo hasta ahora, para que todos te den su amistad.

Estaba tan conmovida por su bondad que no sabía qué decir. Le hice una reverencia a él, y a la señora Jervis por darme su apoyo, diciéndoles que ojalá fuera digna de los favores de él y de la amabilidad de ella, y que no echaran nada a faltar en mí que yo supiera.

¡Oh, qué grande es hacer el bien! ¡Es todo lo que envidio de la gente importante!

Siempre consideré a mi amo un caballero educado, como, sin duda, dicen todos que lo es. Pero nos dio a las dos estas cosas con tanta gentileza que pensé que parecía un ángel.

La señora Jervis dice que él le preguntó si yo mantenía a los hombres a distancia, pues le dijo que era muy bonita, y que sentirme atraída por cualquiera de ellos podría ser mi perdición, haciendo de mí una joven triste y desgraciada antes de tiempo. Ella nunca deja de hablar en mi favor y dice que aprovechó la oportunidad para deshacerse en elogios sobre mí. Pero espero que no haya dicho más de lo que me esforzaré por merecer, aunque por ahora no lo merezca. Estoy segura de que siempre la querré, después de vos y de mi querida madre, más que a nadie. Quedo

vuestra siempre obediente hija.

CARTA VII

Querido padre:

Mi señor me ha regalado más cosas hermosas desde mi última carta. Me hizo subir al gabinete de mi difunta señora y, abriendo los cajones, me dio dos tocados de fino encaje de Flandes, tres pares de elegantes zapatos de seda[8], dos de ellos apenas sin usar y del mismo pie que calzo, pues mi señora tenía el pie muy pequeño, y el otro par con hebillas de plata labrada, así como varias cintas y lazos de todos los colores para el pelo, cuatro pares de medias blancas de fino algodón y tres de fina seda, y dos vistosos corsés.

—Tu pobre señora, Pamela —dijo él—, aunque mayor, tenía una elegante figura, y era muy esbelta.

Yo me quedé completamente atónita y fui incapaz de hablar durante cierto tiempo. Sentía, con todo, vergüenza en mi interior de aceptar las medias, pues la señora Jervis no se encontraba allí. Si hubiera estado, aquello no habría tenido importancia. Creo que me mostré muy incómoda en el momento que las recibí, porque él se sonrió ante mi incomodidad, diciéndome:

—No te sonrojes, Pamela. ¿Piensas que ignoro que las doncellas hermosas llevan zapatos y medias?

Tan confundida estaba por estas palabras que casi me desmayo al oírlas, pues bien debéis pensar que no había de responder a una pregunta así. Y, además, era un poco extraño, pensé, y así lo había pensado con anterioridad, que fuera él

[8] La seda se utilizó con frecuencia durante esta época en la fabricación de la parte superior del calzado. Otros materiales que sirvieron para este mismo fin fueron el cuero y el terliz, tela esta última confeccionada bien a partir de lino o de algodón (véase C. Willett y Phillis Cunnington, *Handbook of English Costumes in the Eighteenth Century*, Londres, Faber & Faber, 1964, 2.ª ed., página 174). La moda del siglo XVIII la marcó el zapato femenino de tacón y punta muy fina.

mismo el que echara un vistazo a la ropa de mi señora y me entregara estas cosas de su propia mano, antes que dejarle encargado a la señora Jervis que me las diera. Así que estuve a punto de echarme a llorar como una tonta, y me retiré haciéndole una reverencia y sonrojándome, estoy segura, hasta las orejas, pues a pesar de que no había nada malo en lo que dijo, yo, sin embargo, no sabía cómo tomármelo. No obstante, fui y se lo conté todo a la señora Jervis, que me dijo que Dios había infundido en el corazón de mi señor que fuera bueno conmigo, debiendo yo doblar mi diligencia. Parecíale a ella, dijo, como si el señor me vistiese de la manera adecuada para el puesto de doncella de la mismísima lady Davers.

Pero aun así, padre, vuestras advertencias me vinieron a la cabeza e hicieron que todos estos regalos estuvieran muy lejos de satisfacerme como debieran. Aunque espero que no haya motivo. Así que me tranquilizaré, pues ciertamente nunca hubiera estado de otra manera si no me lo hubieseis metido vos en la cabeza, por mi bien, cuánto lo sé. Mas puede que si estas adversidades no se entremezclaran con estos favores, pudiera llegar a envanecerme demasiado, así que concluiré diciendo que todo lo que ocurre es por nuestro bien; y que Dios os bendiga, queridos padres, y que sé que rezáis constantemente para que me dé también a mí su bendición. Soy, y seré siempre,

vuestra obediente hija.

CARTA VIII

Querida Pamela:

No puedo sino volver a advertirte sobre la bondad de tu amo y la expresión tan libre que usó contigo cuando las medias. Puede, sin embargo, que no haya nada en ello, como así lo espero. Pero cuando pienso que *posiblemente* haya algo, y que, si lo hubiera, depende de ello nada menos que la felicidad de mi hija en esta vida y en la siguiente, eso es suficiente para ha-

cer que tema por ti. Ármate, querida hija, para lo peor, y decide perder la vida antes que la virtud. ¿Qué importa que las dudas con las que te llené disminuyan la alegría que hubieras podido sentir por la amabilidad de tu señor? Y, además, ¿de qué vale la felicidad que resulta de recibir unas cuantas ropas hermosas, en comparación con la de tener una conciencia limpia?

Son éstos, desde luego, favores muy grandes con los que te colma, pero tanto más para sospechar. Como dices, hubiera sido más apropiado que la señora Jervis fuera quien te los dispensara, si él lo hubiese juzgado conveniente. Yo no puedo decir que todo eso me agrade mucho, no siendo así. Confío en que siempre estarás en guardia[9]. No obstante, cuando dices que *parecía tan amable y cual un ángel*, ¡cómo temo entonces que sus favores pudieran llegar a impresionarte en demasía!, pues aunque estás dotada de un sentido común y una prudencia superiores a tu edad, aun así tiemblo cuando considero el serio peligro en el que se encuentra una pobre doncella de poco más de quince años frente a las tentaciones de este mundo y frente a un joven caballero intrigante, si así resulta ser, que goza de tanto poder como para hacer favores y que tiene cierta autoridad para mandar como señor tuyo que es. Creo que desearía, como también tu madre, que la buena de lady Davers te pudiese tomar. Eso sería un gran honor y, lo que es más importante, un gran consuelo para nuestros corazones en lo que a tu virtud respecta.

Pero si esto sucede, o no está de suceder, te ordeno nuevamente, querida hija, por nuestras bendiciones, que estés en guardia, pues no puede haber nada malo en ello. Y como la señora Jervis es una mujer tan buena y tan amable contigo, estoy mucho más tranquilo, y también tu madre, y esperamos que no le ocultes nada y le pidas consejo en todo. Así que

[9] *Como dices... estarás en guardia*: Este fragmento aparece por vez primera en la edición de 1801 y muestra la actitud crítica del padre de Pamela hacia los regalos del señor B. Quiso Richardson, con este y otros fragmentos similares, responder a las voces que se habían alzado en la época culpando a la protagonista de permitir, con su conducta, el acercamiento del señor B.

con nuestras bendiciones y nuestras firmes plegarias por ti, más que por nosotros, se despiden

tu padre y tu madre que te quieren.

No dejes que los comentarios de la gente sobre lo hermosa que eres hagan que te sientas más que ellos, porque tú no te hiciste a ti misma y, por tanto, ningún elogio te corresponde.

Es sólo la virtud y la bondad lo que constituyen la belleza auténtica. Recuérdalo, Pamela.

CARTA IX

Siento, queridos padres, tener que escribiros que las esperanzas que tenía de ir a servir a lady Davers se han esfumado. Miladi habría querido tomarme, pero mi amo, según he logrado enterarme, no lo ha querido consentir. Dijo él que su sobrino podría sentirse atraído hacia mí y que yo podría seducirlo, o él a mí; y que pensaba que, como su madre me había querido y le había encargado que cuidara de mí, debía continuar teniéndome consigo; y que la señora Jervis sería una madre para mí.

Me dice la señora Jervis que miladi movió la cabeza y dijo «¡Ah, hermano!», y que eso fue todo. Y como vosotros me habéis hecho sentir miedo, por vuestras advertencias, a veces mi corazón me hace sospechar. Pero todavía no he dicho nada de vuestras advertencias, o de mi intranquilidad, a la señora Jervis; no porque no me fíe de ella, sino por temor a que piense que soy presuntuosa, vanidosa y engreída, al tener esos miedos de todo este asunto, dada la gran distancia entre un caballero así y una muchacha tan pobre. Sin embargo, la señora Jervis pareció que deducía algo del hecho de que lady Davers moviera la cabeza y dijera «¡Ah, hermano!» y nada más.

Espero que Dios me conceda su gracia; así que, si logro evitarlo, no me pondré demasiado nerviosa, pues espero que no haya ocasión. Pero de cualquier cosa que ocurra, por peque-

ña que sea, os mantendré al tanto, para que sigáis dándome vuestros buenos consejos. Rezad por

vuestra solícita Pamela.

CARTA X

Querida madre:

Mi querido padre y vos debéis preguntaros por qué no habéis recibido ninguna carta mía desde hace tantas semanas, pero una escena triste, muy triste, ha sido el motivo; pues, a buen seguro, ahora está perfectamente claro que todas vuestras advertencias estaban bien fundadas. ¡Oh, querida madre, soy desgraciada, verdaderamente desgraciada! Pero no os asustéis, ¡sigo siendo honrada! ¡Y espero que Dios, en su bondad, me mantenga así!

¡Oh, este ángel de señor!, ¡este educado caballero!, ¡este gentil benefactor de vuestra pobre Pamela!, ¡el que iba a cuidar de mí ante el ruego de su buena madre moribunda!, el que estaba tan preocupado por mí, temeroso de que el sobrino de lord Davers me sedujera, de modo que no permitió que me fuera a la casa de lady Davers; este mismo caballero (sí, debo llamarlo caballero, aunque haya perdido el mérito de tal título) se ha degradado a sí mismo hasta el punto de proponerle libertades a su pobre criada: se ha mostrado ahora en su verdadera naturaleza, y para mí que no hay nada que parezca tan ruin y tan terrible.

No he estado ociosa, sino que he escrito a ratos sobre cómo, por medio de argucias astutas y mezquinas, exponía él sus inicuas intenciones, pero alguien me robó la carta y no sé qué ha sido de ella. Era una muy larga. Me temo que él, que ha sido lo bastante mezquino como para intentar iniquidades en un terreno, no iba a pararse ante esta carta. Pero sea como sea, para lo que puede servirle es para que se sienta avergonzado de lo que ha hecho. Yo no tengo nada de qué avergonzarme, pues él verá que estaba resuelta a ser virtuosa y me enorgullecía de la honradez de mis pobres padres.

Os lo contaré todo en la próxima ocasión, pues estoy vigilada muy estrechamente, ya que le dice él a la señora Jervis: «Esta muchacha está siempre escribiendo; creo que podría estar mejor empleada.» Y, sin embargo, trabajo mucho con la aguja en su ropa y en toda la ropa blanca de la casa, y estoy, además, bordándole una chupa[10]. Pero, ¡oh!, tengo el corazón partido, pues ¡qué puedo esperar como recompensa, sino vergüenza y desgracias, o bien malas palabras y un trato desfavorable! Os lo contaré todo pronto, y espero encontrar mi larga carta.

Vuestra muy afligida hija.

Quizá hablo de él sin mucho respeto, pero es él el único culpable, ya que ¿por qué perdió toda su dignidad conmigo?

CARTA XI

Bueno, querida madre, no puedo encontrar mi carta, así que intentaré recordarlo todo.

En general, todo fue bastante bien durante cierto tiempo después de mi penúltima carta. Pero al final vi una razón para albergar sospechas, pues él me miraba, cuando quiera que me veía, de una manera tal que no parecía bien. Y un día se me acercó, cuando estaba yo en el cenador del jardincillo trabajando con la aguja y la señora Jervis se acababa de ir. Me disponía yo también a marcharme, pero él me dijo:

—No te vayas, Pamela; tengo algo que decirte. Siempre me huyes, cuando me acerco a ti, como si me tuvieras miedo.

Perdí la serenidad, como podéis imaginaros, y empecé a temblar, sobre todo cuando me tomó de la mano, pues no había un alma cerca de nosotros.

—Lady Davers —me dijo (y parecía, pensé, que le faltaban las palabras como a mí)— hubiera querido que te fueras a vi-

[10] Antigua prenda de vestir que se llevaba debajo de la casaca y que solía tener faldillas.

vir con ella, pero no podría haber hecho por ti lo que yo estoy resuelto a hacer, si continúas siendo fiel y servicial. ¿Qué dices, muchacha? —me preguntó con cierta impaciencia—; ¿no preferirías quedarte conmigo que irte con lady Davers? —Miraba de una manera que me sobrecogió; no sé decir cómo, con los ojos desorbitados, me pareció.

Cuando pude hablar le contesté:

—Me perdonará su señoría, pero como vos no tenéis esposa a la que pueda yo servir y mi buena señora hace doce meses que murió, yo preferiría, si ello no os desagrada, servir a lady Davers, porque...

Me cortó con rapidez mientras yo procedía:

—... porque eres una pequeña tonta y no sabes lo que te conviene. Te digo que haré una señora de ti, si eres servicial y no te perjudicas tú misma. —Y al decir esto me rodeó con los brazos y me besó.

Ahora, diréis, se mostró abiertamente toda su maldad. Yo me revolvía y temblaba, y estaba tan paralizada por el terror que, aunque no llegué a perder el conocimiento, tampoco estaba totalmente consciente. Me encontré en sus brazos, absolutamente sin fuerzas, y me besó dos o tres veces con terrible impaciencia. Al fin pude desembarazarme de él, y me escapaba ya del cenador cuando volvió a atraparme y cerró la puerta[11].

Mi vida no valía ni un real. Entonces me dijo:

—No te haré ningún daño, Pamela; no me tengas miedo.

—No quiero quedarme —le dije.

—¡Que no quieres, ramera! ¿Sabes con quién estás hablando?

Perdí todo el miedo y todo el respeto y le contesté:

—¡Sí, señor, lo sé demasiado bien! Bien puedo olvidar que soy vuestra criada, cuando vos olvidáis lo que os corresponde como amo.

Sollocé y lloré muy amargamente.

[11] Este párrafo, como algunos otros de índole semejante, así como el término *ramera*, que aparece más abajo, es de los pasajes eliminados de la versión española de 1794, debido probablemente a razones de tipo moral.

—¡Estás hecha una estúpida ramera! —me dijo—. ¿Acaso te he hecho algún daño?

—Sí, señor —le dije—, el daño más grande del mundo: me habéis enseñado a olvidarme de mí misma y de lo que me corresponde, y habéis acortado la distancia que la fortuna había puesto entre nosotros, al rebajaros vos tomándoos estas libertades con una pobre sirvienta. Sin embargo, señor, tendré el atrevimiento de deciros que soy honrada, aunque sea pobre, y que si fuerais vos un príncipe, yo no sería otra cosa que honrada.

Se enfadó y me dijo:

—¿Quién te iba a tomar, pequeña tonta, por otra cosa? Deja de gimotear. Reconozco que me he rebajado, pero era sólo para probarte. Si puedes mantener este asunto en secreto, me demostrarás tu prudencia. Y aquí tienes algo —añadió, poniéndome unas monedas de oro en la mano— para compensarte por el susto que te he dado. Vamos, date un paseo por el jardín y no entres hasta que hayas acabado de gimotear. Y te ordeno que no digas nada de lo que ha pasado, y así todo irá bien y te perdonaré.

—Me niego a aceptar el dinero, señor —dije—, me niego a aceptarlo. —Así que se lo dejé sobre el banco. Y como parecía molesto y confundido por lo que había hecho, aproveché la oportunidad y abrí la puerta, saliendo a toda prisa del cenador.

—¡Pamela! —me llamó, diciéndome—, mantén el secreto, te lo ordeno, y no entres todavía.

¡Ah, qué pobres y ruines deben ser esas acciones, y cuán poco han de servir para mostrar lo mejor de los caballeros, cuando éstos proponen cosas indignas de su condición y dan a los inferiores la ocasión de ser más grandes que ellos!

Me di una o dos vueltas por el jardín, pero siempre a la vista de la casa, por temor a lo peor; y me eché el aliento a las manos para secarme los ojos, porque no quería ser demasiado desobediente.

En la próxima os contaré más.

Rezad por mí, queridos padres, y no os enfadéis de que todavía no haya escapado de esta casa, que hasta hace poco era mi consuelo y deleite, y ahora mi angustia y mi terror.

Me veo forzada a dejarlo rápidamente aquí.

Vuestra obediente y honrada hija.

CARTA XII

Bueno, querida madre, ahora continuaré con mi triste historia.

Después de que me hube secado los ojos, entré, y comencé a rumiar conmigo misma sobre lo que convenía hacer. En un momento pensaba que debía dejar la casa, irme a la ciudad más próxima y esperar allí la oportunidad de volver con vosotros; pero entonces no sabía si debía llevarme las cosas que él me había dado o no, y cómo llevármelas. En otro momento pensaba dejarlas atrás y partir sólo con lo puesto; pero eran dos millas y media[12] y un camino apartado hasta la ciudad; y, al ir tan bien vestida, podría sufrir algún daño casi tan malo como aquel del que estaría huyendo. Y entonces, tal vez, pensaba yo, podría informarse de que había robado algo y me había visto obligada a salir corriendo. ¡Volver con una reputación así a casa de mis queridos padres sería desde luego algo muy triste! ¡Cuánto deseaba aquel traje de paño pardillo gris[13] y mi pobre y honrado vestido, con el que salí de casa para este lugar cuando aún no tenía doce años, en los tiempos de mi buena señora! A veces pensaba en contarle lo sucedido a la señora Jervis y pedirle consejo; pero entonces recordaba las órdenes de él de mantener el secreto, y ¿quién sabe, pensaba yo, si tal vez esté avergonzado de su acción y nunca más intente algo parecido? Y como la pobre señora Jervis dependía de mi señor, por una serie de desgracias que le habían ocurrido, pensé que sería algo triste que él se disgustara con ella por mi culpa.

[12] Unos cuatro kilómetros.

[13] Según nuestro *Diccionario de Autoridades*, el paño pardillo era el «paño más tosco, grosero y basto, que se hace del color pardo y sin tinte, de que viste la gente humilde y pobre».

En medio de esta perplejidad, tan pronto meditando como llorando y sin saber qué hacer, pasé todo el tiempo en mi habitación hasta la noche. Cuando expresé mi deseo de que se me excusara de ir a cenar, la señora Jervis se presentó y me dijo:

—¿Cómo voy a cenar sin ti, Pamela? Vamos, veo que algo te preocupa; dime qué pasa.

Le rogué que me permitiera dormir con ella por la noche, porque tenía miedo de los fantasmas y éstos no iban a hacerle daño a una persona tan buena como ella.

—Ésa es una excusa tonta —dijo—, pues ¿por qué no tenías miedo de los fantasmas antes? —[Desde luego, no había pensado en eso]—. Pero serás mi compañera de cama con mucho gusto —añadió—, sean tus razones las que sean; pero ahora baja a cenar.

Le rogué que me disculpara, porque, como le dije:

—He estado llorando tanto que los otros criados se darán cuenta al entrar y al salir; no os esconderé nada a vos, señora Jervis, cuando estemos a solas.

Fue tan buena que lo consintió, mas se apresuró a subir enseguida a la cama, diciéndole a las criadas que yo dormiría con ella, porque no podía descansar bien y quería que yo le leyese hasta que se quedara dormida, pues sabía que a mí me encantaba leer, según les dijo.

Cuando estuvimos a solas, le conté lo que había pasado de principio a fin, pues, sopesándolo todo, pensé que, aunque él me había ordenado que no lo hiciera, sin embargo, si llegaba a enterarse de que lo había hecho no iba a ser peor para mí, ya que mantener un secreto de esta naturaleza sería, según me pareció, renunciar al buen consejo que ahora necesitaba más que nunca, y ello podría animarlo a pensar que yo no lo había tomado tan mal como debiera y que tendría secretos peores, con lo que estaría haciendo yo algo peor que él. ¿Estaba en lo cierto, querida madre?

La señora Jervis no pudo evitar que sus lágrimas se mezclaran con las mías, porque estuve llorando todo el tiempo en que le contaba la historia, y le suplicaba que me aconsejara qué hacer. Le mostré las dos cartas de mi querido padre, y ella alabó tanto su honradez como su redacción, diciéndome co-

sas agradables de vosotros dos. Aun así, me rogó que no pensara en dejar mi trabajo.

—Pues con toda probabilidad —me dijo—, como te comportaste tan virtuosamente, él estará avergonzado de lo que ha hecho y nunca te hará algo parecido otra vez. Aunque, querida Pamela, temo más por tu belleza que por ninguna otra cosa, porque el mejor hombre de la tierra podría sentirse atraído por ti.

Así se complació en hablarme. Expresó también su deseo de que estuviera en sus manos el poder vivir de forma independiente; entonces tomaría una casita propia y yo podría vivir con ella como si fuera su hija.

De este modo (como vosotros me ordenasteis que siguiera sus consejos), resolví quedarme y ver cómo iban las cosas, salvo que él me echara. Así que, querido padre y querida madre, no es por desobediencia, espero, por lo que me quedo, pues no podría esperar yo vuestra bendición, o los buenos frutos de vuestras oraciones por mí, si fuera desobediente.

A lo largo de todo el día siguiente estuve muy triste, y comencé mi larga carta. Él me vio escribiendo y (como ya mencioné) le dijo a la señora Jervis: «Esta muchacha está siempre escribiendo; creo que podría estar mejor empleada», o algo así. Y cuando hube acabado la carta, la puse debajo del tocador, en el vestidor de mi difunta señora, al que nadie más que yo y la señora Jervis, además de mi amo, acude. Pero cuando volví de nuevo para sellarla[14], para gran preocupación mía, había desaparecido, y la señora Jervis no sabía nada de ella, y nadie sabía si mi amo había estado próximo a este lugar en ese tiempo. Así que he estado muy inquieta por esa razón; mas la señora Jervis, al igual que yo, piensa que él, de una forma u otra, la tiene, y da la impresión de estar molesto y enfadado, pues parece rehuirme tanto como él decía que yo lo rehuía a él. ¡Mejor así que de otra manera!

Le ha ordenado, no obstante, a la señora Jervis que me prohíba pasar tanto tiempo escribiendo, lo que dice muy poco de que un caballero así repare en esas cosas, ya que no soy yo perezosa para todo lo demás, si no fuera porque debe tener miedo de lo que escribí. Y eso no da muy buena impresión.

Sin embargo, estoy mucho más tranquila desde que duermo con la señora Jervis; aunque, después de todo, los temores con los que vivo, por un lado, y su desagrado por lo que hago, por otro, me hacen sentir más que desgraciada.

¡Ojalá nunca hubiera dejado mi camita en vuestro desván! ¡Verme expuesta así a las tentaciones, de un lado, y a los disgustos, de otro! ¡Cuán feliz era hasta hace poco! ¡Qué distinto es ahora! Compadecedme y rezad por

vuestra afligida Pamela.

CARTA XIII

Querida hija:

Se nos parte el corazón ante tu desgracia y las tentaciones a las que estás expuesta. Te tenemos presente en nuestras oraciones a cada hora y nos gustaría que huyeras de esa casa y de ese hombre malvado, si lo encuentras mínimamente inclinado a volver a tomarse esas libertades contigo. Es lo que deberías haber hecho desde el principio, si no hubieras tenido a la señora Jervis para aconsejarte.

Ha sido un gran consuelo para nosotros, desde luego, al reflexionar sobre tu conducta en este caso, que te hayamos educado en sentir más vergüenza de la deshonra que de la pobreza. Pero como no dejamos de comprender que tu vida debe ser una carga para ti, por todos los temores que te asaltan, y como consideramos que sería atrevido confiar demasiado en tus propias fuerzas, ya que eres muy joven y que el diablo puede meterle a él en la cabeza alguna estratagema, como las que abundan en los hombres poderosos, para seducirte, creo que harías mejor en volver a casa a compartir nuestra pobreza con seguridad, más que vivir con tanto descontento en una abundancia que puede ser en sí misma peligrosa.

[14] Se alude al acto de echar lacre, para cerrar la carta, el procedimiento habitual en la época.

¡Que Dios dirija tus pasos hacia el bien! Mientras tengas a la señora Jervis como consejera y compañera de cama (¡oh querida niña, qué prudente fuiste en eso!) estamos más tranquilos que lo que estaríamos de otro modo. Y así, encomendándote a la Protección Divina, se despiden

tu padre y tu madre,
que te quieren de verdad y se preocupan por ti.

CARTA XIV

La señora Jervis y yo, queridos padres, hemos vivido juntas con tranquilidad estos últimos quince días, pues mi amo ha pasado este tiempo en su propiedad de Lincolnshire[15] y en la residencia de lady Davers. Pero volvió a casa ayer. Al poco de llegar estuvo hablando con la señora Jervis, especialmente sobre mí. Parece que le dijo:

—Bueno, señora Jervis, sé que Pamela cuenta con vuestro apoyo, pero ¿pensáis que cumple alguna función en la casa?

Me contó ella que le sorprendió la pregunta, pero que respondió que yo era una de las criaturas más virtuosas y hacendosas que hubiera conocido en su vida.

—¿Por qué ese calificativo de *virtuosa*? —le preguntó él—. ¿Habría alguna razón para suponer que no lo fuera? ¿O es que acaso a alguien se le ha ocurrido ponerla a prueba?

—¿Quién, señor —le contestó ella—, se atrevería a proponerle nada a Pamela en una casa tan respetable y tan bien gobernada como la vuestra, y con un amo de tan buen carácter como vos?

—Para serviros, señora Jervis. Pero decidme, si alguien se atreviera a ello, ¿creéis que Pamela os lo haría saber?

—Ella es —contestó la señora Jervis— una criaturita inocente, y estoy convencida de que tiene tanta confianza en mí que buscaría mi consejo como si fuera el de su madre.

[15] Condado al este de Inglaterra bañado por el mar del Norte.

—¡Conque además *inocente!*, ¡y *virtuosa*, supongo! Bueno, señora Jervis, abusáis de los epítetos[16]. Pero os diré lo que opino de ella. ¡Yo no creo que esta preferida vuestra sea una muchacha tan cándida como vos imagináis!

—No voy a discutir con su señoría —le replicó la señora Jervis—, pero diría que si los hombres la dejan en paz, no será ella la que se preocupe por ellos.

—Vaya, señora Jervis —le dijo él—, ¿es que acaso hay hombres que no la dejen en paz, que vos conozcáis?

—Por supuesto que no, señor. Pamela es tan recatada y se comporta con tanta prudencia que todos la estiman y le muestran un gran respeto, como si fuera una dama de buena cuna.

—Sí —dijo él—, he ahí su arte, a lo que me refería. Pero dejadme deciros que la muchacha tiene vanidad, engreimiento y orgullo también, o mucho me equivoco. Y quizá pueda daros un ejemplo de ello.

—Señor —le contestó ella—, vos sabréis mucho más que una pobre y simple mujer como yo, pero nunca he visto nada que no sea inocencia en ella.

—Y seguro que también *virtud* —dijo él—. Pero suponed que yo os diera un ejemplo, en el que ella hubiese hablado con libertad excesiva de las gentilezas que cierta parte le ha dispensado, y hubiese tenido la vanidad de atribuir unas palabras atentas, pronunciadas por mera compasión hacia su juventud y circunstancias, a una mala intención hacia su persona, e incluso se hubiese atrevido a tomarse la libertad de mencionar nombres que nunca debiera pronunciar sino con reverencia y gratitud. ¿Qué diríais vos a eso?

—¿Que qué diría, señor? —contestó ella—. No sé lo que diría, pero espero que Pamela sea incapaz de tamaña ingratitud.

—Bueno, dejemos lo de esa niña tonta —dijo él—. Únicamente lo que vos podéis hacer es aconsejarla, como amiga vuestra que es, de que no se tome demasiadas licencias con

[16] En ediciones anteriores, el señor B. insiste en que si hubiera en su casa un mayordomo o administrador joven y atractivo, Pamela ya se habría malvendido a cualquiera de ellos, intentando, además, casarse con alguno.

los favores que recibe, y que si permanece aquí, que no ande escribiendo sobre los asuntos de mi casa sólo por hacer ejercicio con la pluma y por usar su inventiva. Os lo advierto: es una pequeña astuta y sutil, y el tiempo lo demostrará.

¿Habíais oído alguna vez algo igual, queridos padres? Está claro que él no esperaba encontrarse con ese rechazo, y que sospecha que yo se lo he contado todo a la señora Jervis, y que también tiene mi larga carta, la que os escribí, así que está profundamente preocupado. Pero yo no puedo evitarlo. Mejor es que piense de mí que soy astuta y sutil, que serlo de verdad, en el sentido en que él lo cree. Y con la ligereza con que usa las palabras *virtud* e *inocencia* con respecto a mí, seguro que habría hecho otra interpretación de mi conducta con menos enfado si hubiera sido yo menos merecedora de que así lo hiciera él, pues entonces, tal vez, mi *delito* habría sido para él *virtud*. ¡Qué malvado es este caballero!

Os volveré a escribir pronto; pero ahora debo acabar diciéndoos que soy, y siempre seré,

vuestra honrada hija.

CARTA XV

Querida madre:

Tuve que acabar bruscamente mi última carta porque temía que llegara él, como así ocurrió. Me metí la carta en el seno y retomé la labor, que tenía a mi lado. Pero carezco tanto del arte del fingimiento, que él me atribuye, que parecía confusa, como si hubiera estado haciendo algo muy malo.

—Siéntate tranquila, Pamela —me dijo—, y sigue con tu labor sin preocuparte de mí. No me has dicho que soy bienvenido a casa después de mi viaje a Lincolnshire.

—Sería difícil, señor —le dije yo—, que vos no fuerais bienvenido en la casa de vuestra propia señoría.

Hice ademán de irme, pero me lo impidió diciendo:

—No te vayas. Tengo un par de cosas que decirte.

¡Ah, cómo me palpitaba el corazón!

—Cuando estuve algo amable contigo en el cenador —me dijo—, y tú te comportaste de forma tan estúpida, como si yo hubiera tenido la intención de hacerte un gran daño, ¿no te dije que no debías informar a ninguna criatura de lo que había pasado? Y no obstante, has estado hablando del asunto, sin considerar mi reputación ni la tuya.

—¿Que he estado hablando de eso, señor? —dije—. Apenas tengo a nadie con quien hablar...

—*¡Apenas!* —me interrumpió—. ¡Mira que gustas de utilizar equívocos, niña! ¿Qué quieres decir con *apenas?* Déjame que te pregunte: ¿acaso no se lo has contado a la señora Jervis?

—Ruego a su señoría —le dije, toda agitada— que me dejéis bajar, pues no me corresponde a mí entablar una discusión con su señoría.

—¡Otra vez con los equívocos! —y me agarró de la mano—. ¿Por qué hablas de *discusión?* ¿Es entablar una discusión conmigo contestar a una simple pregunta? Responde a lo que te he pedido.

—¡Oh, buen señor —le dije—, permitidme que os ruegue que no me presionéis más, pues puedo llegar a olvidarme de mí misma otra vez y ser insolente!

—Contéstame entonces, ¡te lo ordeno!: ¿no se lo has contado a la señora Jervis? Serás una insolente si no contestas directamente a mi pregunta.

—Señor —le dije (e intenté zafarme la mano que me tenía retenida)—, quizá lo sea si os contesto con otra pregunta, y eso no me corresponde.

—¿Qué es lo que dices? —replicó él—, habla de una vez.

—Pues, señor —le dije—, ¿por qué su señoría ha de enfadarse si le cuento a la señora Jervis o a cualquier otra persona lo que pasó, si vos no pretendíais ningún daño?

—Bien dicho, ¡bella inocente y cándida!, como te llama la señora Jervis —dijo—. ¡Así eres de insólente que me provocas y replicas de esta manera! Pero aún no has contestado directamente a mi pregunta.

—Pues bien, señor —le dije—, no diré una mentira por nada en el mundo. Se lo conté a la señora Jervis porque tenía

el corazón casi destrozado, pero no he abierto mi boca a nadie más.

—Muy bien, caradura —dijo—, ¡de nuevo con los equívocos! No has *abierto tu boca* a nadie más, pero ¿acaso no *le has escrito* a alguien más?

—¡Pues ahora me permitirá su señoría que os diga —le repliqué (porque me sentí entonces llena de valor)— que no podríais haberme hecho esa pregunta si no me hubierais sustraído la carta que les escribí a mis padres, en la que (lo reconozco) les abrí con toda libertad mi corazón a los dos, pidiéndoles consejo y desahogando mis penas!

—¿Así que he de verme expuesto, yo —dijo—, en mi propia casa y fuera de mi propia casa, ante todo el mundo, por una sinvergüenza como tú?

—No, buen señor —le contesté—, y ruego a su señoría que no se enfade conmigo; no soy *yo* quien os expone si no digo más que la verdad.

Entonces se enfadó mucho, me llamó descarada y me ordenó que recordara con quién estaba hablando.

—Os lo ruego, señor —le dije—, ¿a quién puede pedirle consejo una pobre muchacha, si no es a su padre, a su madre y a una buena mujer como la señora Jervis, que, por el bien de las de su sexo, me lo daría siempre que se lo pidiera?

—¡Insolente! —me gritó entonces, dando un golpe en el suelo con el pie.

Caí de rodillas y le dije:

—¡Por amor de Dios, su señoría, compadeceos de una pobre criatura que no sabe más que cuidar de su virtud y de su buen nombre! No tengo otra cosa en la que confiar; y, aunque pobre y sin parientes aquí, sin embargo me han enseñado siempre a valorar la honradez por encima de mi vida.

—¡La honradez, niña tonta! —me dijo él—. ¿Pero es que acaso no es parte de la honradez ser obediente y agradecida con tu amo?

—Por supuesto, señor —le dije—, es imposible que yo sea desagradecida con su señoría, o desobediente, o que merezca los nombres de caradura e insolente con que a vos os plugo llamarme, salvo cuando vuestras órdenes son contrarias a ese primer deber, que será siempre el principio de mi vida.

Pareció conmoverse, y se levantó, dando dos o tres vueltas por la otra habitación, y dejándome a mí de rodillas. Yo me eché el delantal por encima de la cara y puse la cabeza en una silla, llorando como si fuera a partírseme el corazón, pero no tuve fuerzas para irme del lugar.

Al fin volvió otra vez, ¡pero con mala intención en el corazón!, y levantándome me dijo:

—¡Levántate, Pamela, levántate!; eres tú tu propia enemiga. Esa terca locura tuya será tu ruina. Estoy muy descontento por las libertades con que te has tomado mi nombre con mi ama de llaves, y también con tus padres. Tan *ciertos* podrían ser los motivos que tengas para tomarte estas libertades conmigo, como *imaginarios*, haciendo que sufra mi reputación.

Y diciendo esto, me levantó e intentó que me sentara en sus rodillas.

¡Ah, yo estaba verdaderamente aterrorizada! Le dije, como había leído en un libro una o dos noches antes:

—¡Que los ángeles y los santos y todas las huestes celestiales me protejan![17]. Y que no alcance a sobrevivir ni un solo instante a ese momento fatal en el que pierda la inocencia!

—¡Tonta! —me dijo—, ¿cómo vas a perder la inocencia, si estás obligada a ceder a una fuerza que no puedes resistir? Cálmate, pues aun ocurriendo lo peor, tú tendrás el mérito y yo la culpa; y será un buen tema para las cartas que les envíes a tus padres, y una bonita historia, además, que contarle a la señora Jervis.

Entonces él, aunque yo me revolví, me besó, diciéndome:

[17] Según indica P. Sabor en su edición de la novela en la editorial Penguin, posiblemente el libro al que se refiera Pamela sea la tragedia *Hamlet*, de William Shakespeare, donde el protagonista dice una frase de contenido similar cuando se le aparece el fantasma de su padre asesinado. En esa ocasión Hamlet exclama: «¡Ángeles y ministros de la gracia divina, protegednos! (I, iv, 39). Esta misma frase, aunque tal y como la pronunciara Hamlet, aparece también en boca de Clementina, uno de los personajes principales de la novela de Richardson *La historia de Sir Charles Grandison*. Clementina pide la protección de los ángeles y los ministros de Dios al verse también en grave peligro (volumen III, carta XXVI).

—¿Quién echó alguna vez la culpa a Lucrecia?[18]. La vergüenza es sólo para el violador, y yo estaré contento de que toda la culpa recaiga sobre mí, que ya he cargado con mucha más de la que merecía.

—¿Puedo —dije—, como Lucrecia, justificarme con mi propia muerte, si van a hacer uso de mí con violencia?

—¡Oh, mi buena niña! —replicó él, mofándose de mí—, veo que eres bien leída, y entre los dos compondremos, antes de acabar, una bella historia para un relato romántico[19].

Entonces intentó besarme el cuello. La indignación me dio más fuerzas, y me libré de él dando un salto repentino y corriendo fuera de la habitación. Como la puerta de la siguiente habitación estaba abierta, entré rápidamente en ella, tirando de la puerta y echándole el cerrojo tras de mí. Pero él me seguía tan de cerca que me agarró el vestido y le arrancó un trozo, que colgaba por fuera de la puerta, pues la llave estaba en el interior.

Sólo recuerdo que logré entrar en la habitación. No supe nada más hasta más tarde, pues me dio un desvanecimiento.

[18] Lucrecia, esposa de Tarquino Colatino, fue violada por Sexto Tarquino, hijo del rey romano Tarquino Lucio *el Soberbio*. Cuenta Tito Livio en *Los orígenes de Roma* que Lucrecia fue mujer de gran belleza y virtud, lo que hizo que se apoderara de Sexto Tarquino el deseo de hacerla suya a la fuerza. Mientras éste pasaba la noche en casa de Tarquino Colatino, amenazó a Lucrecia con una espada para que se entregara a él. Al resistirse ésta, sin mostrar miedo a la muerte, Sexto Tarquino la amenazó diciéndole que haría ver a los demás que era culpable de adulterio, pues colocaría el cuerpo desnudo y degollado de un criado al lado de su cadáver. Lucrecia se entrega, confesándoselo todo posteriormente a su padre, a su marido y a los amigos de éste, y manifestándoles que es su cuerpo lo que ha sido violado, pues su alma continúa siendo pura e inocente. Todos eximen a Lucrecia de la falta y culpan al violador. Pero ésta, ante la mirada de horror de los reunidos, se suicida clavándose un puñal y diciendo: «aunque me absuelvo de la falta, no me eximo del castigo. Que en el futuro ninguna mujer pueda vivir deshonrada tomando como ejemplo a Lucrecia» (Libro I, capítulo 58, edición de Maurilio Pérez González, Madrid, Akal, 1989, pág. 149). Este episodio da lugar a un levantamiento político y al cambio de la monarquía a la república en Roma. En la novela de Richardson, Pamela amenaza al señor B. con seguir el ejemplo de Lucrecia y suicidarse, si éste intenta violarla.

[19] En el texto original se emplea el término *romance* para aludir a las novelas francesas de temática amorosa, que eran muy populares en la época.

Y allí me quedé tendida hasta que él, supongo, mirando a través del ojo de la cerradura, me vio en el suelo y llamó entonces a la señora Jervis, que, con su ayuda, logró abrir la puerta; y él se alejó viéndome recobrar el conocimiento y ordenándole a ella que no dijera nada del asunto, si era inteligente.

La pobre señora Jervis pensó lo peor, y se echó a llorar sobre mí como si fuera mi madre. Tardé dos horas en recobrarme, y justamente cuando acababa de levantarme, entró él y me desmayé de nuevo, así que se retiró. Pero aguardó en la habitación de al lado para impedir que nadie se acercara a nosotras y que su vileza pudiera ser conocida.

La señora Jervis me dio sus sales y me cortó las cintas del corsé[20], haciéndome sentar en una silla grande. Él la llamó y le dijo:

—¿Cómo está la muchacha? Nunca vi tonta así en mi vida. No le hice absolutamente nada.

La señora Jervis no podía hablar porque lloraba. Así que él le dijo:

—Os ha contado, parece, que estuve cariñoso con ella en el cenador, aunque os aseguro que fui totalmente inocente tanto entonces como ahora. Deseo que mantengáis este asunto en secreto y que no se haga uso de mi nombre libremente.

—¡Oh, señor —dijo ella—, por amor de Dios, en interés de su señoría!...

Pero él no quiso escucharla, y le dijo:

—*Por vuestro propio interés* os digo, señora Jervis, que ni una palabra más. No le he hecho ningún daño. ¡Y no permitiré que esa tonta de remate, que eso es lo que es, permanezca en mi casa parloteando! Pero como tiene esa tendencia a perder el conocimiento, o al menos a simular que lo pierde, preparadla para que me vea mañana después de la comida, en el gabinete de mi madre, y venid vos con ella como testigo de lo que va a pasar entre nosotros.

Y así salió enfurecido, ordenando que le prepararan el coche y yéndose de visita a algún sitio.

[20] El frasco de sales y cortar las cintas del corsé eran dos de los remedios más usuales a los que se acudía en la época para reanimar a las mujeres que habían sufrido un desmayo.

La señora Jervis se vino entonces conmigo. Le conté todo lo que había sucedido y le dije que estaba resuelta a no permanecer en la casa. Ella me contestó que él parecía amenazar con que no me quedara.

—Me alegra oír eso —le dije—: así me quedaré tranquila.

Entonces me contó todo lo que él le había dicho, como figura arriba.

La señora Jervis es muy reacia a que yo me marche; y, sin embargo, ¡pobre mujer!, empieza a tener miedo por sí misma, pero no quiere verme perdida por nada en el mundo. Dice que a buen seguro el amo no pretende nada bueno; aunque quizá, ahora que me ve tan resuelta, abandone todo intento; y que ya sabré mejor lo que hacer después de mañana, cuando haya de comparecer ante tan mal juez.

¡Cómo temo esta comparecencia de mañana! ¡Ojalá pudiera escaparme antes de que llegara ese momento! Pero podéis estar seguros, queridos padres, de la honradez de vuestra pobre niña, como yo lo estoy de vuestras oraciones por

vuestra obediente hija.

¡Oh, esta terrible cita de mañana! ¡Cómo la temo!

CARTA XVI

Sé, queridos padres, que anhelabais tener noticias mías enseguida, y os las he enviado tan pronto como he podido.

¡Bueno! Pues podéis imaginaros lo intranquila que lo pasé hasta que llegó la hora señalada. A medida que se acercaba, crecían, a cada minuto, mis temores. A veces tenía mucho valor, y a veces nada de nada, y pensaba que iba a desmayarme cuando fuera la hora en que mi señor ya hubiera acabado de comer. Yo no pude ni comer ni beber, e hiciera lo que hiciera, tenía los ojos hinchados de llorar.

Al fin subió al gabinete, que había sido el vestidor de mi buena señora, una habitación que una vez adoré, pero que ahora temía.



Grabado de Hubert François Gravelot, según dibujo de Francis Hayman: «Pamela expresando a la señora Jervis su deseo de volver a casa.»

¿No se aflige vuestro corazón por mí? Estoy segura de que el mío palpitaba como el de un pájaro recién metido en una jaula. ¡Ah, Pamela!, me decía a mí misma, ¿por qué tienes tanto miedo? ¡Tú no has hecho ningún daño! ¡Si tanto temes a un juez injusto, siendo inocente, qué no temerías ante uno justo, si fueras culpable! Ten valor, Pamela, ¡ya conoces lo peor! ¡Y cuánto más feliz es elegir la pobreza junto con la honradez, que la abundancia con la maldad!

Así me animaba, pero, aun con eso, se me venía el corazón a los pies y mi ánimo desfallecía por completo. Cualquier mínimo ruido pensaba que era para llamarme a rendir cuentas. Temía ese momento, pero al mismo tiempo estaba deseando que llegara.

Bueno, al fin hizo sonar la campanilla. ¡Ah, pensé, era como la campana que tocaba a difuntos por mí!

Subió la señora Jervis con el corazón acongojado, ¡pobre mujer!

—¿Dónde está Pamela? —le dijo—. Hacedla subir y venid vos con ella.

Ella se acercó a mí. Mis pies estaban preparados para moverse, pero mi corazón estaba con vosotros, queridos padres, deseando compartir vuestra pobreza y alegría. No obstante, subí.

¡Oh, cómo pueden los malvados parecer tan seguros e imperturbables, con esos corazones negros, mientras los pobres inocentes se presentan delante de ellos como malhechores!

Tenía él una apariencia tan severa que sentí que me flaqueaban las fuerzas y deseé verme en cualquier otro sitio lejos de allí, aunque antes había estado haciendo acopio de valor. ¡Dios mío, me dije a mí misma, dame valor para enfrentarme a este amo malvado! ¡Ablándalo a él, o endureceme a mí!

—¡Entra, tonta! —me dijo con enfado tan pronto como me vio (y me agarró de la mano con un tirón)—; bien puedes estar avergonzada de verme, después de tanto ruido y tonterías y de haberme expuesto como lo has hecho.

¡Yo avergonzada de verte!, pensé. ¡Muy bonito, desde luego! Pero no dije nada.

—Señora Jervis —dijo él—, aquí estáis las dos juntas. Sentaos vos, pero que ella permanezca de pie, si lo desea —(sí, pensé, si es que puedo, porque las rodillas me chocaban una contra la otra)—. ¿No pensasteis, cuando visteis a la muchacha del modo en que la encontrasteis, que yo le había dado el mayor motivo de queja que puede dársele posiblemente a una mujer, y que de hecho la había perdido, como dice ella? Decidme, ¿se os ocurrió pensar en otra cosa de menor trascendencia?

—En verdad —dijo ella—, eso fue lo que pensé al principio.

—¿Os ha contado ella lo que le hice, y *todo* lo que le hice, para dar lugar a esta locura, con la que ha sufrido mi reputación a vuestros ojos y a los de toda la servidumbre? ¿Podéis vos informarme de lo que os ha contado?

Ella estaba demasiado asustada ante su severidad, como reconoció después, y contestó:

—Desde luego, lo que me contó es que vos solamente la trajisteis a vuestras rodillas y la besasteis.

Entonces yo, reuniendo algo de fuerzas, dije:

—¿Cómo que *solamente*, señora Jervis? ¿Acaso no fue eso suficiente para mostrarme lo que tenía que temer? Cuando un amo de la categoría de su señoría se rebaja a tomarse esas libertades con una pobre criada como yo, ¿cómo no voy a tener miedo? Pero su señoría fue más lejos, y me habló de Lucrecia y de su cruel destino. Su señoría sabe que fue demasiado lejos para lo que debe ser la relación entre un señor y una criada, o incluso si fuera vuestra igual, y eso —le dije rompiendo a llorar— no lo puedo soportar.

La señora Jervis empezó a disculparme y a rogarle que se apiadara de una pobre sirvienta que apreciaba tanto su reputación.

—Lo digo delante de ella —dijo él—: creo que es hermosa, y pensé que era humilde y que no se crecería con mis favores o con la atención que yo le prestara; pero aborrezco la más mínima idea de obligarla a hacer nada. Sé mejor que nadie lo que me corresponde; pero me sentí hechizado por ella, según creo, hasta tomarme más libertades que las que me convienen, aunque no tuve ninguna intención de llevar la broma más allá.

¡Qué podredumbre todo esto, querida madre, en un hombre de su inteligencia! ¡Fijaos cómo una mala causa, y unas

malas acciones, dejan sin argumentos hasta a las mentes más preclaras! Pero eso me dio entonces algo más de valor, porque la inocencia, entiendo yo, en alguien de poca fortuna y escaso entendimiento, tiene mayores ventajas sobre la culpa, aun con todas las riquezas y sabiduría que se posean.

—Su señoría —dije— puede llamar a esto broma, pasatiempo o lo que os plazca. Pero sin duda no es ninguna broma lo que marca las distancias entre un amo y una sirvienta.

—¿Oís eso, señora Jervis? —dijo él—, ¿oís la impertinencia de esta criatura? Le he oído bastantes cosas de este tipo antes en el cenador, y ayer también, lo cual hizo que estuviera más grosero con ella de lo que quizá habría estado de otro modo.

—Pamela, no seas impertinente con su señoría —me dijo la señora Jervis—. Deberías mantener la distancia que te corresponde. Ya ves que su señoría sólo estaba de broma.

—¡Oh, señora Jervis! —le dije—, no me culpéis también vos a mí. Es muy difícil para una criada mantener la distancia con respecto a su amo, cuando éste ha hecho dejación de su dignidad en el trato con ella.

—¿Lo veis otra vez? —dijo él—, ¿podríais creer capaz de esto a la jovenzuela, si no la hubierais oído?

—Tened compasión y perdonad, su señoría —dijo la bien intencionada dama—, a esta pobre muchacha. No es más que una niña, y su virtud le es muy querida. Yo empeño mi vida por ella, que nunca será impertinente con su señoría si tenéis vos la bondad de no importunarla nunca más ni asustarla otra vez. Habéis visto, señor, por sus desmayos, lo aterrorizada que estaba. No lo podía evitar. Y aunque su señoría no tenía intención de hacerle daño, sin embargo su miedo ha estado a punto de matarla, y he tenido que hacer grandes esfuerzos para que volviera en sí.

—¡Oh, la pequeña hipócrita! —dijo él—. Se conoce todas las artes de su sexo: nació de hecho con ellas. Os dije hace poco que vos no la conocíais. Pero no es esta la razón principal de que os haya hecho venir a las dos: entiendo que es probable que mi reputación sufra por la perversidad y la locura de esta muchacha. Ella os lo ha contado todo, y quizá algo más. Vaya, de eso no me cabe duda. Y ha escrito cartas (¡porque veo que nunca se cansa de escribir!) a su padre, a su madre y a otros, hasta donde yo sé, en las que, al presentarse a sí misma como un ángel de luz, ha convertido a su buen señor y benefactor en la encarnación del demonio —(¡Ah, cómo puede a veces la gente, pensé, emplear los nombres que tan bien le corresponden!)—. Y nada de esto —añadió— puedo permitirlo. Así que estoy resuelto a que vuelva a la condición de la que salió, y que tenga cuidado de usar mi nombre con ligereza cuando se haya alejado de mí.

Al momento me alegré mucho de estas palabras tan bienvenidas. Me arrojé de rodillas a sus pies, con el corazón henchido de verdadero gozo, diciéndole:

—¡Bendito sea siempre su señoría por esta resolución! Ahora seré feliz. Y permitidme, ahora que estoy de rodillas, agradeceros todos los beneficios y favores con que me habéis agasajado, así como las oportunidades que he tenido para mejorar mis conocimientos por medio de mi buena señora y de vos. Olvidaré ahora mismo todas las proposiciones que me ha hecho su señoría, y os prometo que nunca aflorará vuestro nombre a mis labios si no es con reverencia y gratitud. ¡Que Dios Todopoderoso bendiga siempre a su señoría!

Entonces, levantándome, salí con el corazón mucho más contento de lo que lo había llevado a su presencia, y me puse a escribir esta carta.

Y así todo ha acabado felizmente.

Y ahora, queridos padres, pronto veréis a vuestra pobre hija que, con humildad y obediencia, volverá con vosotros. Y no temáis, porque sé cómo ser tan feliz con vosotros como lo fui siempre, pues me quedaré en el desván, como solía hacer, así que tenedme por favor mi camita preparada. Tengo una pequeña cantidad de dinero con la que me compraré un vestido más apropiado a mi condición que el que tengo; y le pediré a la señora Mumford que me consiga alguna labor de costura. Y no temáis que os suponga una carga, si me mantengo con salud. Sé que gozaré del beneplácito de los demás, si no por mí, sí por vosotros, que en todas las pruebas y desgracias habéis mantenido tanta integridad, lo que hace que todo el mundo hable bien de vosotros. Espero que mi amo le permita a la buena señora Jervis que me dé un informe, para

que nadie piense que me expulsaron por alguna acción deshonrosa[21].

Así que, queridos padres, que os bendigan a vosotros por mí, y a mí por vosotros. Y siempre rezaré por mi amo y por la señora Jervis. Así que buenas noches, porque es tarde, y pronto me llamarán a la cama.

Espero que la señora Jervis no esté enfadada conmigo. No me ha llamado para la cena, aunque no habría podido comer nada si lo hubiera hecho. Pero no tengo ninguna duda de que esta noche dormiré tranquila y soñaré que estoy con vosotros, en mi queridísimo y feliz desván, una vez más.

Buenas noches, pues, otra vez, queridos padres, os desea

vuestra honrada, aunque pobre hija.

Quizá no vaya esta semana, porque debo antes preparar la ropa blanca y dejar en orden todo lo que me corresponde. Así que enviadme un recado, si podéis, a través de John, que os lo pedirá a su regreso, donde me hagáis saber si seré bienvenida. Pero no le digáis a él nada todavía de mi partida, porque entonces dirán que lo cotilleo todo.

CARTA XVII

Queridísima hija:

Bienvenida, bienvenida, diez veces bienvenida serás en tu hogar, pues vuelves a nosotros inocente, feliz y honrada, y eres el báculo y el consuelo de nuestra vejez. Y aunque no podamos hacer por ti todo lo que quisiéramos, no temas, que viviremos felices juntos; que con mi diligencia en el trabajo, la rueca de tu pobre madre y tu labor de aguja, no tengo ninguna duda de que nos irá cada vez mejor. Sólo que los ojos de tu pobre madre le empiezan a fallar; pero yo, gracias a Dios, estoy tan fuerte, capaz y con tantas ganas de trabajar como siempre. Y ¡ah, querida hija!, tu virtud me ha hecho, creo, más fuerte y mejor que antes. ¡Qué bendiciones son las pruebas y las tentaciones, cuando tenemos la fuerza para resistirlas y dominarlas!

Mas estoy intranquilo por aquellas cuatro guineas. Pienso que deberías devolvérselas a tu amo, aunque algo he gastado. ¡Ay!, sólo me quedan tres; pero pediré prestada la cuarta, si puedo, parte a cargo de mi salario y parte a la señora Mumford, y te enviaré la suma completa para que puedas devolverla la próxima vez que venga John, si vuelve él antes que tú.

Quiero saber cómo vas a venir. Me imagino que al honrado de John le agradará acompañarte parte del camino, si tu señor no está tan irritado que se lo prohíba. Y si lo sé con bastante antelación, tu madre se acercará por el camino unas cinco millas, y yo unas diez[22], o hasta que te encuentre en lo que cumpla una jornada, pues ése es el permiso que me pueden dar en el trabajo para una ocasión así. Y te recibiremos con más placer que el del día en que naciste o que cualquier otro de nuestras vidas.

¡Así que Dios te bendiga hasta que llegue la feliz ocasión! te decimos tu madre y yo. Lo que es todo por el momento, de

tus padres que te quieren de verdad.

CARTA XVIII

Querido padre:

Os agradezco mil veces a vos y a mi madre la bondad que tenéis conmigo, y que expresáis en vuestra última carta. Ahora anhelo acabar con el trabajo que tengo pendiente aquí

[21] Los informes de este tipo se daban a los sirvientes cuando habían cumplido su deber de forma satisfactoria y habían sido fieles al señor que los había empleado. En *Every-Body's Business is No-Body's Business (Los asuntos de alguien no son asunto de don nadies),* Daniel Defoe venía a lamentarse del número creciente de sirvientes que se aprovechaban de sus señores, se comportaban de forma impertinente con ellos y los exponían ante los demás. Para evitar situaciones de este tipo, Defoe recomendaba que no se contratara a ningún sirviente que no estuviera en posesión de algún informe o certificado.

[22] Unos ocho kilómetros, y dieciséis kilómetros respectivamente.

para estar con vosotros. Soy otra cosa desde que mi amo me despidió y, como regresaré con vosotros siendo honrada, ¡qué alegría es eso ante lo que podría haberme ocurrido si no hubiera podido veros sino como culpable! Bueno, como pronto se me acabará el tiempo de escribir, lo aprovecharé ahora para contaros todo lo que ha sucedido desde mi última carta.

Me preguntaba por qué la señora Jervis no me había llamado a cenar con ella y temía que estuviera enfadada; y, cuando terminé la carta, estuve anhelando que subiera. Al fin llegó, pero parecía esquiva y reservada, así que le dije:

—Querida señora Jervis, me alegra veros. Espero que no estéis enfadada conmigo.

Contestó que sentía mucho que las cosas hubieran llegado tan lejos; que había hablado largo y tendido con mi amo después de que yo me hubiera marchado, y que él parecía conmovido por lo que yo había dicho y por el hecho de que cayera de rodillas ante él y rezara por él al irme. Decía él que yo era una muchacha extraña, y que no sabía cómo interpretarme:

—¿Y se ha ido? —preguntó—. Tenía la intención de decirle algo más, pero se comportó de forma tan rara que no tuve fuerzas para detenerla.

Ella le preguntó si me llamaba otra vez. Él le dijo que sí, pero acto seguido añadió:

—No, que se vaya. Es mejor para ella y también para mí, y ha de irse. De dónde ha sacado semejante modo de conducirse no sabría decir, pero nunca me he encontrado con nadie igual en mi vida, de ninguna edad.

Me dijo ella que él le había ordenado que no me lo contara todo, pero que, a fe suya, mi señor nunca me propondría otra cosa de nuevo, y que podría quedarme, se imaginaba ella, si lo suplicaba como un favor, aunque no estaba tampoco muy segura.

—¿Que me quede, querida señora Jervis? —le dije—. Vamos, si la mejor noticia que podía presentárseme es que él me dejara marchar. Anhelo volver a mi condición anterior, tal como él me amenazó que debería hacer. Mi padre y mi madre son pobres y humildes en este mundo, es verdad.

A menudo me he lamentado del desahogo con que he vivido yo, gracias a la bondad de mi querida señora, mientras ellos han tenido unas vidas tan difíciles. No soy mala costurera, como vos sabéis, y nunca he sido una niña perezosa. Y quién sabe si puedo conseguir trabajo y pueda quizá así contribuir a servirles de consuelo, en lugar de ser una carga para ellos. Es algo maravilloso, señora Jervis. ¡Dejadme disfrutarlo!

La señora Jervis, ¡qué alma tan buena!, se me echó a llorar y me dijo:

—Bueno, bueno, Pamela, no pensé que te hubiera mostrado tan poco cariño como para que te manifiestes tan contenta de dejarme. Sin duda que nunca he tenido una muchacha que me haya sido la mitad de querida que lo que tú lo eres para mí.

Lloré al ver lo buena que era conmigo, como de hecho lo ha sido siempre, y le dije:

—¿Qué queréis que haga, señora Jervis? Es a vos a quien más quiero, después de a mis padres, y dejaros es la principal preocupación que tengo al abandonar este lugar; pero ¿no me busco una ruina cierta si me quedo? Después de tales proposiciones y amenazas, y de la comparación que él hizo de sí mismo con un malvado violador con ocasión de su último intento, y de tomarlo todo a broma diciendo que los dos construiríamos una bonita historia para un relato romántico, ¿podría quedarme? ¿Con qué seguridad? ¿Acaso no se ha rebajado él mismo ya dos veces? ¿Y no es mi obligación prevenir la tercera vez, ante el temor de que en esa ocasión él tienda sus trampas con más seguridad, pues quizá no esperaba que una pobre sirvienta le mostrara resistencia a su señor? ¿Y no debería interpretarse como una forma de garantía para tales acciones si yo me quedara después de esto? Sería, en una palabra, como animarlo a que renovara sus intentos, así como hacerle creer que estaba perdonado por algo que no debería perdonársele.

Me atrajo con un abrazo hacia ella, diciéndome:

—¿Dónde has aprendido todo este conocimiento y todas estas buenas ideas con los años que tienes? Siempre te querré. Pero, Pamela, ¿de verdad estás resuelta a dejarnos?

—Sí, mi querida señora Jervis —le dije—, pues, tal como están las cosas, ¿qué más puedo hacer sino esto? Pero quiero acabar, si se me permite, las obligaciones que tengo aquí primero, y espero que vos me deis un informe que sirva de prueba de mi honradez, para que no pueda pensarse que me echaron por alguna falta que cometí.

—¡Un informe!, sí, claro que te lo daré —me dijo—. Te haré un informe tal como el que ninguna muchacha de tus años mereció nunca que le hicieran.

—Y yo estoy segura —le dije— de que siempre os querré y os honraré como mi tercera mejor amiga, dondequiera que vaya, y sea quien sea en el futuro.

Y así nos fuimos a la cama, y no me desperté hasta que fue la hora de levantarse, lo que hice tan contenta como un pajarillo, emprendiendo mi tarea con placer.

Pero creo que mi amo está tremendamente enfadado conmigo, pues ha pasado a mi lado dos o tres veces sin hablarme, y al atardecer me encontró en el paso que conduce al jardín y me dijo una palabra que nunca había oído en mi vida en su boca, ni dirigida a hombres, ni a mujeres, ni a niños, porque dijo primero:

—Ya lo creo que esta criatura está siempre en medio.

Yo le contesté, haciéndome a un lado tanto como pude (y la entrada era lo suficientemente espaciosa como para un carruaje):

—Espero no ponerme en medio de su señoría mucho más tiempo.

—¡Maldita seas! —replicó (ésa es la palabra a la que me refería)—, pequeña bruja. Se me ha acabado la paciencia contigo.

Me eché a temblar al oírlo; pero vi que estaba irritado y, como voy a marcharme, me importó menos. No es de extrañar, queridos padres, que, cuando una persona es capaz de cometer iniquidades, pronuncie también palabras de este tipo. ¡Que Dios nos aparte del camino de las cosas y las palabras inicuas!

Vuestra obediente hija.

CARTA XIX

Como nuestro John no ha tenido oportunidad de ir en vuestra dirección, escribo otra vez y os envío ambas cartas al mismo tiempo. No puedo deciros aún cuándo podré irme ni cómo lo haré, porque la señora Jervis le mostró a mi señor la chupa que le estoy bordando, y él le dijo: «Está quedando muy bien: creo que es mejor que la criatura se quede hasta que la haya acabado.»

Ha habido conversaciones privadas entre él y la señora Jervis de las que ella no me habla; aun así es muy buena conmigo, y no desconfío en absoluto de ella. Sería muy ruin si lo hiciera. Mas, a buen seguro, ella debe complacerlo y cumplir todas sus órdenes legítimas, pues las otras, a mi parecer, no las ha de cumplir. Es demasiado buena y me quiere demasiado bien, pero tendrá que quedarse cuando yo me haya ido, así que debe estar a bien con él.

Ella ha vuelto a intentar que me humille y que le pida a mi amo poder quedarme.

—¿Pero qué he hecho yo, señora Jervis? —le dije—. Si he sido insolente, caradura, impertinente y la criatura que él me llama, ¿no he tenido motivos? Decidme con el corazón, querida señora Jervis, ¿qué pensaríais vos, o cómo hubierais actuado en mi caso?

—Querida Pamela —me dijo, besándome—, no sé cómo actuaría, ni lo que pensaría. Espero que pudiera proceder como lo haces tú, aunque no conozco a nadie más capaz de hacerlo. Mi amo es un caballero educado; tiene gran inteligencia e ingenio, y es admirado, por lo que sé, por media docena de damas, que se considerarían felices si él se dirigiera a ellas. Tiene unas impresionantes propiedades y, sin embargo, creo que ama más a mi buena doncella, aunque sea su sirvienta, que a todas las damas del lugar. Y ha intentado vencer su amor, dado que tú eres muy inferior a él, y en mi opinión se ha dado cuenta de que no puede, y eso lo irrita en su orgullo y le hace resolver que no debes quedarte aquí. Por ello te habla con tanto enfado cuando te ve por casualidad.

—Pero bueno, señora Jervis —le dije—, permitidme que os pregunte: si él puede rebajarse a que le guste una muchacha pobre como yo, ¿para qué puede ser? Tal vez piense que soy lo bastante buena para ser su ramera, y esas cosas no desmerecen nada a los hombres, que pierden a las pobres mujeres. Así que puede que me haga grandes proposiciones y que quizá tenga la intención de ponerme de punta en blanco con las mejores galas, para satisfacer su propio orgullo. Pero yo sería una criatura malvada, desde luego, si por las riquezas o los favores perdiera mi buen nombre. Sí, y peor que cualquier otra joven de mi sexo, porque puedo volver con mucho gusto a mi pobreza otra vez y porque pienso que es menos desgraciado verse obligada a vivir de pan de centeno y agua, como solía hacer, que ser la ramera del hombre más poderoso del mundo.

A la señora Jervis se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Dios te bendiga, querida! —dijo—. Me produces deleite y admiración. ¿Cómo haré para separarme de ti?

—Pues bien, querida señora Jervis —le dije—, dejadme que os pregunte yo ahora: vos y él habéis tenido algunas conversaciones y puede que no os esté permitido contármelas todas. Pero ¿creéis, si yo pidiera quedarme, que él lamenta lo que ha hecho?, ¿y que está, además, avergonzado? Porque para mí que debería estarlo, considerando su alta posición frente a mi baja condición y cómo yo no tengo ningún otro crédito en el mundo más que mi honra. ¿Creéis vos, ahora desde vuestra propia conciencia (os ruego que me contestéis con sinceridad), que nunca más me propondría nada y que yo podría estar a salvo?

—No, querida niña —me dijo—, no me plantees tus preguntas con ese precioso ardor en la mirada. Lo que sé es que está irritado por lo que ha hecho. Se irritó la primera vez, y aún más la segunda.

—Sí —le dije—, y así se irritará, supongo, la tercera y la cuarta vez también, hasta que haya logrado perder a esta pobre doncella suya; ¿y quién tendrá entonces motivos para estar irritado?

Me apretó contra su pecho y me llamó querida y hermosa criatura, añadiendo que no era sorprendente que mi señor

no pudiera dejar de amarme, y diciendo que, si me quedaba, tenía las mejores esperanzas, ya que muchos hombres se habían avergonzado de sus intentos inicuos ante un rechazo, vergüenza que nunca habrían sentido si hubieran tenido éxito.

—Eso, querida señora Jervis —le dije—, es tener confianza sin fundamento en el honor de un hombre que carece de virtud y que se ha mostrado como se ha mostrado. Creo —añadí (y espero gozar de la gracia de actuar coherentemente)— que nunca cedería a sus tentaciones bajo ningún concepto. Pero sería muy presuntuoso por mi parte fiarme de mis propias fuerzas frente a un hombre de sus méritos y fortuna, que es mi señor y que se cree legitimado para llamarme caradura y no sé cuántas otras cosas solamente por resistirme a sus viles intentonas; y eso, además, cuando estaba en juego la integridad de mi alma y de mi cuerpo. ¿Cómo puedo entonces, señora Jervis —le pregunté—, pedirle o expresarle mi deseo de quedarme?

—Bueno, bueno —me dijo ella—, como él parece hablar muy en serio cuando dice que no has de quedarte, espero que se deba a un buen motivo: el temor de verse tentado a buscarse tanto su propia desgracia como la tuya.

—He pensado en eso también, señora Jervis —le dije—, pues me alegraría pensar en él con la obediencia que me corresponde; mas si hubiera tenido buenas intenciones, me habría dejado ir con lady Davers y no habría puesto trabas a mi preferencia. Y no habría dicho que debía regresar a mi baja condición, cuando gracias a la bondad de su madre yo había salido de ella. Pero pretendía asustarme, y castigarme, por no haberme mostrado complaciente con su iniquidad; y ello me demuestra con bastante claridad lo que he de esperar de su bondad futura, salvo que me la gane al precio tan caro que él me imponga.

Se quedó callada, y yo añadí:

—Bueno, no hay nada más que hablar. Debo irme, eso es lo cierto. Mi principal preocupación será cómo separarme de vos, y en realidad de todos, porque mis compañeros del servicio me han querido, y estoy segura de que tanto vos como ellos me costaréis más de un suspiro y una lágrima de vez en cuando.

Y así rompí a llorar. No pude evitarlo, porque es agradable estar en una casa rodeada de muchos sirvientes y que todos te quieran.

Vaya, pero debería haberos contado antes de ahora lo bueno y educado que es el señor Longman, nuestro administrador. ¡Es de lo más cortés, desde luego, en todas las ocasiones! Y una vez le dijo a la señora Jervis que ojalá él fuera todavía joven por mí, para hacerme su esposa y dejarme, al casarse, todo lo que tenía; y debéis saber que se le tiene por un potentado.

No me enorgullezco de esto, sino que bendigo a Dios, y a vosotros, queridos padres, por vuestras buenas lecciones, que me han permitido conducirme de tal manera que todos tienen palabras buenas sobre mí. Salvo un día nuestra cocinera, que es un poco irritable y se enfada a veces, que me dijo en cierta ocasión:

—Vaya, esta Pamela nuestra parece tan delicada como una señora. ¡Hay que ver lo que es tener una cara bonita! Me pregunto en qué acabará al final la muchacha.

Ella estaba acalorada con el trabajo, y yo me fui, pues rara vez bajo a la cocina; pero oí al mayordomo que decía:

—Bueno, Jane, para nadie tienes una palabra buena. ¿Qué te ha hecho a ti la señora Pamela?[23]. Estoy seguro de que no ofende a nadie.

—¿Y qué —dijo la estúpida moza— le he dicho yo a ella, *necio*, sino que es muy hermosa?

Riñeron después, según oí. Lo sentí, pero no me preocupé más de ello. Perdonad estos chismes de

vuestra obediente hija.

La señora Jervis está muy deseosa de que me quede hasta que termine la chupa. Está convencida de que mi amo me hará un honroso obsequio, si puedo decirlo así, cuando esté acabada. ¡Qué buena señora! Está reacia a separarse de mí. Me dice que será mi celosa guardiana hasta que esté terminada, aunque tiene la esperanza de que no habrá ocasión para preocuparse[24]. Nunca he hecho, debo decirlo, una pieza de costura más hermosa; y me levanto temprano y me acuesto tarde para acabarla, pues no veo la hora de estar con vosotros.

[23] La forma inglesa «Mrs.» («señora») para designar a una mujer soltera era muestra de respeto y cortesía. Esta forma de tratamiento podía ir seguida, bien del apellido, o bien del nombre y apellido de la mujer. Su uso ha quedado obsoleto en el inglés actual.

CARTA XX

No os mandé, queridos padres, mis últimas cartas tan pronto como esperaba, porque a John (no puedo decir si es porque mi amo desconfía o no de él) lo habían enviado a la casa de lady Davers en lugar de a Isaac, que es quien solía desplazarse allí, y yo no podía tener la misma libertad ni confiar de igual manera en Isaac, aunque también él es muy educado conmigo. Así que me vi obligada a aguardar hasta el regreso de John.

Como puede que no tenga la oportunidad de volver a enviaros alguna pronto, y como sé que guardáis mis cartas y las leéis una y otra vez (así me lo ha dicho John) después del trabajo (tanto os hace vuestra bondad amar cualquier cosa que provenga de vuestra hija), y como puede darme algún pequeño placer, quizá, leerlas yo misma cuando esté con vosotros, para recordar por lo que he pasado y qué grande ha sido la bondad de Dios conmigo (que, espero, reforzará mis buenos propósitos, de modo que a partir de ahora, por mi mala conducta, no pueda tener motivos para autocondenarme con mis propias manos, como si dijéramos); por todas estas razones,

[24] *La señora Jervis... para preocuparse:* La reacción francesa *Lettre sur Pamela* (1742) ridiculizó a la protagonista por bordar con agrado la chupa del señor B. cuando éste le había ordenado que abandonase la casa. En la edición de 1801 son el señor B. y la señora Jervis quienes insisten en que Pamela ha de quedarse hasta que termine este trabajo, con lo cual Richardson traspasa la responsabilidad moral de Pamela —que era quien deseaba quedarse para dar fin a su labor en la primera edición— al señor B. y a la señora Jervis.

como digo, escribiré cada vez que disponga de tiempo y según se desarrollen los acontecimientos, y os enviaré lo escrito a medida que surja la oportunidad. Y si no lo firmo todas las veces en la forma que debería, estoy segura de que siempre creeréis que no es por faltar a mi obligación. Así que empezaré donde lo dejé la última vez, en la conversación que tuve con la señora Jervis, donde ella me expresaba su deseo de que solicitara quedarme.

Sin que lo supiera la señora Jervis, puse en práctica lo que podría llamar un proyecto. He estado pensando desde hace unos días que pronto me veré en casa de mis pobres padres sin tener nada apropiado para cubrirme las espaldas en mi nueva condición, pues ¡qué impresión iba a dar vuestra pobre hija con un traje de seda, briales de seda, tocados de batista, preciosos linos de Holanda y zapatos con adornos de galón, que fueron de mi señora![25]. ¡Y cómo en muy poco tiempo todas estas cosas iban a parecer viejos desechos, y yo misma otro desecho por llevarlas! Y la gente habría dicho (pues los pobres son tan envidiosos como los ricos): «¡Hay que ver a la hija del bueno de Andrews, cómo ha regresado a casa del elegante lugar donde vivía! ¡Sí que parece un relumbrón! ¡Y lo bien que le va ese vestido a las circunstancias de sus pobres padres!» Y pensé también en la impresión que daría si fuera comprándome ropas más modestas y fuera sustituyéndolas por las otras, una a una, a medida que pudiera conseguirlas. Quizá un viejo vestido de seda, un brial de lanilla y otras prendas por el estilo. Así que he creído que lo mejor que podía hacer era equiparme de inmediato con la ropa que convenía a mi condición, que aunque pudiera parecer de pobre ante la que venía acostumbrada a llevar en los últimos tiempos, no obstante me serviría cuando estuviera con vosotros

[25] Pamela se refiere a un traje informal de seda *(nightgown)* que bien podía llevarse dentro de la casa, o bien en visitas de carácter familiar o para ir de paseo (veáse el libro de Anne Buck, *Dress in Eighteenth-Century England*, Londres, B. T. Batsford, 1979). El brial, también llamado guardapiés o tapapiés, fue una falda que usaron antiguamente las mujeres. Sobre ella podía ir otra falda, la basquiña, que las mujeres algunas veces recogían por delante a ambos lados para dejar ver el brial. El galón es una cinta con adornos.

para el traje de los domingos o días de fiesta, y ¡vaya!, con mi bendita labor tal vez pueda hacerle arreglos para seguir usándola.

De modo que, como estaba diciendo, sin que nadie lo supiera, le compré a la mujer y a las hijas del granjero Nichols una tela de un color bien apagado, producto de sus propias ruecas, la suficiente para hacerme un vestido y dos briales, y les hice unos arreglos y adornos de un precioso trozo de percal estampado que tenía a mi alcance.

Tenía un bonito guardapiés relleno de camelote[26], que pensé podría irme razonablemente bien; y me compré dos zagalejos de franela, no tan buenos como los que tengo de droguete[27] y delicado lino, pero que me guardarán del frío, si algún vecino me pide que vaya a ayudarlo a ordeñar, como a veces solía hacer en el pasado, porque estoy decidida a hacer por todos vuestros vecinos cuantas cosas pueda para ayudarlos, y espero que me quieran tanto ahí donde vivís como soy querida aquí.

Conseguí algo de buen paño escocés, y me hice por la mañana y por la noche, cuando nadie me veía, dos almillas; y me queda bastante para dos camisas y dos almillas para vosotros, queridos padres. Cuando vuelva a casa ya las haré, con el deseo de que las aceptéis.

Luego le compré a un vendedor ambulante dos cofias muy bonitas, un sombrerito de paja, un par de mitones de punto rematados con percal blanco, dos pares de medias corrientes de estambre azul con dibujos de relojes blancos, ¡que tienen una pinta muy elegante, os lo puedo asegurar!, y unas dos varas[28] de cinta de color negro para las mangas de las almillas, así como para un adorno al cuello; y cuando lo tuve todo reunido en casa, estuve contemplándolo durante dos horas, dos

[26] Tejido mezcla de seda y pelo de camello.

[27] Tela listada que semeja el raso y que se confecciona con pelo de cabra o con una mezcla de lino y de seda.

[28] La vara equivale a ochocientos treinta y cinco milímetros y nueve décimas, una medida muy similar a la yarda inglesa (en el texto original), que son algo más de noventa centímetros (91,44). Así pues, se hace referencia a casi dos metros de cinta.

días seguidos. Pues debéis saber que, aunque duermo con la señora Jervis, todavía dispongo de un cuartito propio para mi ropa, y nadie más que yo entra en él. Diréis que no he sido mala ama de casa al haber ahorrado tanto dinero, pero es que mi querida y buena señora siempre me estaba dando algo.

Me he creído en la obligación de hacer esto porque, al verme expulsada por mi *buen amo*, que pensaba que había faltado a mi deber, ya que él esperaba que le hubiera devuelto sus regalos con *algo* que no estaba en mi intención hacer, pensé así que no era sino justo que le dejara sus regalos cuando me fuera.

No os preocupéis por las cuatro guineas, ni pidáis prestado para reunirlas, pues se me dieron, con las monedas de plata, como os comenté, en calidad de, diríamos, propina, ya que es lo que mi señora tenía encima cuando murió; y como no espero que me abonen ningún salario, tengo la vanidad de pensar que me he merecido todo ese dinero por los catorce meses que hace que murió mi señora, porque ella, ¡qué alma más buena!, me pagó de más antes, con lo que me enseñó y con su bondad. ¡Si estuviera viva, nada de todo esto habría ocurrido! Pero debo estar agradecida de que no haya sido peor. Todo será para bien, ésa es la confianza que tengo.

Así que, como estaba diciendo, me he preparado un nuevo vestuario más adecuado, y estoy anhelando usarlo más que cualquier otra ropa que me haya puesto antes en mi vida, porque entonces estaré pronto con vosotros, y disfrutaré de tranquilidad de espíritu. Pero ahora tengo que dejaros ... llega la señora Jervis.

CARTA XXI

Ahora os contaré lo que sucedió entre la señora Jervis y yo. Me dijo, al entrar y verme con cierta prisa, que esperaba no ser mal recibida. No podía soportar que yo me pasara tanto tiempo a solas.

—Siempre me alegra —le dije— ver a mi querida señora Jervis.

—He estado hablando —dijo ella— largo y tendido sobre ti con mi señor.

—Siento mucho —dije— que él me considere de tanta importancia como para tener que hablar de mí.

—Oh —contestó ella—, no debo decírtelo todo, pero eres más importante para él de lo que te piensas...

—O lo que deseo —dije yo—, pues el resultado de ser importante para él podría significar que no lo sería en nada para mí o para cualquier otra persona. Pero supongo —continué— que soy tan importante para él que le produce irritación cuando se para a pensar que no puede tratarme como a una tonta, y eso tiene que ser como un reproche en el orgullo propio de su alta condición, que él no se esperaba y que no sabe cómo afrontar.

—Puede que haya algo de eso —dijo ella—, pero desde luego, Pamela, también está muy enfadado contigo, y te llama terca, y se maravilla de su propia locura al haberse fijado tanto en ti. Estaba deseoso de mostrarte cuantos más favores posibles, dice, por el amor que te profesaba su madre y por la recomendación que ella le hizo, y tenía pensado continuar con ellos en tu propio beneficio, si hubieras sabido comportarte como debías. Pero vio que la excesiva atención...

—Sin duda *la excesiva atención*, señora Jervis —le dije yo—. ¿Creéis vos que yo habría olvidado alguna vez mis obligaciones como criada si él no hubiera olvidado las suyas como amo?

—Dice que has de irte —me contestó—, pues cree que mantenerte es perjudicial para su reputación, aunque dice también que ojalá (no hables de ello, por lo que más quieras, Pamela) conociera a una dama de buena cuna que fuera como tú, pues entonces se casaría mañana.

Creo que me puse roja como la grana, pero le dije:

—Pues si yo fuera la dama de buena cuna y él se me hubiera propuesto groseramente primero, como lo ha hecho ya dos veces, no sé si lo aceptaría, porque la que puede aguantar un insulto de ese calibre, no creo que sea merecedora de convertirse en la esposa de un caballero, como tampoco le consideraría a él un caballero si se propusiera de esa manera. Mas, querida señora Jervis —añadí muy seria—, dejadme deciros

que albergo ahora más temores que nunca. Os pido para el futuro que nunca penséis en que yo haya de pedirle que me deje quedar. Que me contéis vos que le gusto a mi señor, cuando sé qué fin persigue él, es lo más abominable que pueden escuchar mis oídos, y no me consideraré a salvo hasta que me vea en casa de mis pobres padres.

Se enfadó un poco conmigo hasta que le aseguré que no desconfiaba de ella, sino que me consideraba a salvo en su protección y amistad. Y así dejamos la conversación por el momento.

Espero haber acabado esta chupa en dos días, después de lo cual sólo me queda por preparar una preciosa ropa blanca. Os haré saber entonces lo que tengo ideado para el viaje, pues las abundantes lluvias harán muy difícil el camino a pie. Quizá pueda, por una módica cantidad, procurarme un sitio en la calesa del granjero Nichols, que va al mercado dos veces por semana con su mujer e hija[29], y que, como sabéis, está a unas diez millas camino arriba[30]. Pero espero poder contaros más.

P. A.

CARTA XXII

Todos mis compañeros del servicio tienen ahora cierta idea de que voy a irme, pero no pueden imaginarse por qué. La señora Jervis les ha dicho que mi padre y mi madre, muy mayores, no pueden vivir sin mí, y que marcho a casa con ellos para ayudarlos y consolarlos en su vejez. Pero parece que no creen que ésa sea la razón, pues el mayordomo oyó cómo mi amo me preguntaba de forma muy violenta, al pasar a su lado por la entrada del salón, que cuánto tiempo habría de quedarme aquí, y cómo me llamaba perezosa y me decía que me ocupaba más de la pluma que de la aguja. Tonterías impropias de que un caballero como él se molestase en decirlas y preguntarlas, si no hubiera una razón.

Él pareció asustarse cuando, al entrar en el salón, vio al mayordomo, pues allí estaba el señor Jonathan.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

El mayordomo se sintió confuso, igual que yo, que no pude contener el llanto, pues nunca me habían tratado con tal violencia. Conque me fui del lado de ambos y me dirigí a donde la señora Jervis para contarle mis cuitas.

—¡El amor —me dijo— es el demonio! ¡Cuántas extrañas formas adopta en la gente!, y algunas tan alejadas de lo que sienten sus corazones.

Así que uno tras otro los criados le han estado susurrando: «Señora Jervis, por favor, ¿vamos a perder a la señora Pamela? —como me llaman siempre—. ¿Qué ha hecho?» Y entonces ella les cuenta lo de arriba, lo de volver a casa con vosotros.

Justo en ese momento entró mi amo para hablar con la señora Jervis sobre asuntos domésticos, pues tiene compañía para comer con él mañana. Al verlo, y como había estado llorando por la violencia de su trato, volví la cara.

—Bien puedes —me dijo— volver esa maldita cara tuya. Señora Jervis, ¿cuánto tiempo va a estar todavía con esta chupa?

¡Maldita cara! ¡Qué palabras son ésas!

—Señor —le dije—, si su señoría hubiera querido, me habría llevado la chupa conmigo. Y aun cuando puede acabarse ahora en unas pocas horas, la dejaré toda así como está y apartaré de vuestra casa y de vuestra vista a esta criatura tan odiada.

—Señora Jervis —dijo él (sin dirigirse a mí)—, creo que esta pequeña villana tiene el poder de la brujería, porque hechiza a todos los que se le acercan. Hace incluso que vos, que deberíais saber mejor lo que es el mundo, la veáis como un ángel de luz.

Hice ademán de salir, pues pensé que quería que yo le pidiera que me mantuviese en mi puesto, a pesar de toda aquella enorme ira y de sus palabras groseras; pero me dijo:

—¡Quédate ahí!, ¡quédate ahí cuando te lo ordeno! —y me agarró la mano.

Yo me eché a temblar, diciéndole:

[29] En las anteriores ediciones Pamela iba sola durante diez millas con este personaje masculino. En la edición de 1801 (que adoptamos aquí) se introducen dos acompañantes femeninas, la esposa y la hija del granjero, buscando Richardson de este modo no contravenir las normas de decencia.

[30] Unos dieciséis kilómetros.